

CAFÉ ABISMO

SARAH BABIKER



Sarah Babiker

MADRID, 1979

Hija de una chica madrileña de familia obrera y de un joven sudanés de clase media que pasó de estudiante a migrante en la España franquista, Sarah supo de clase y raza sin salir del barrio, aprendió de justicia social en un cole jesuita y, ya en la Facultad de Periodismo, constató que iba a ser todo muy difícil.

Ha vivido en Italia, Marruecos, Argentina y Omán. Quiso saber más de antropología, países del sur, feminismos. Empezó estudios que ampliaban el mundo y generaban el vértigo de lo inabarcable. Aprendió humildad. Tuvo muchos curros precarios y de todos se llevó algo, aunque solo fuera una profunda aversión al trabajo. Hace años encontró casa laboral y política en *El Salto Diario*.

Después de una vida de poesías y cuentos, de cartas y mails, de monográficos y artículos, a los cuarenta años empieza esta novela: *Café Abismo*. Escribe, como escribía su abuelo Pablo, quien le legó su olivetti, sobre las cosas que le atraviesan el cuerpo y lo que le interpela de los otros, cerca y lejos.

CAFÉ
ABISMO

SARAH BABIKER MORENO

[narrativa]

laovejaroja

Café Abismo,
de Sarah Babiker Moreno

Edición:
La Oveja Roja, 2024
c/ Amparo 76
28012 Madrid
www.laovejaroja.es

Impreso en el Estado español

BIC: FA
ISBN: 978-84-16227-76-1
Depósito Legal: M-14967-2024

Tanto la autora como la editorial de este libro permiten y alientan la reproducción y difusión de esta obra, independientemente de los medios técnicos por los que se realice y siempre que se cite autoría y edición de origen.

El papel que sirve de soporte a este libro ha seguido procesos de elaboración destinados a garantizar una gestión sostenible de los bosques y las reservas acuíferas.

Índice

ENERO

2020	II
2000	37
2040	61

FEBRERO

2020	77
2000	103
2040	127

MARZO

2020	141
2000	179
2040	207

ABRIL

2020	221
2000	253
2040	271

MAYO

2020	287
2000	327
2040	345

EPÍLOGO: Las cartas de María Salvatierra	357
--	-----

Agradecimientos	371
-----------------------	-----

*A Zoe y Nur,
las más dignas
compañeras de baile
que nunca pude soñar*

Enero

1-2020

Marina y Fer

No quiere pensar más en Café Abismo. Necesita una tregua.

Marina lleva un buen rato plantada ahí, solo se ha alejado unos pasos del portal de la casa de su madre. Mira a su alrededor, reconoce vagamente a algunos de los que pasan. Tienen la fisonomía de la gente del barrio. Quizás son solo los zapatos que han elegido para la ocasión: incómodos los de ellas, los de ellos como de domingo. Tal vez es la forma acelerada, casi histérica, con la que festejan a gritos la llegada del 2020. Sí, es gente familiar, pero ahora les observa con curiosidad de forastera.

Le toca mirarse a ella: su reflejo en la ventana de una furgoneta le sugiere que se ha convertido en un ser translúcido. Poco definida, como siempre. Vaqueros y jersey de lentes, carmín y raya en los ojos, y alrededor de la cara, todo ese pelo enmarañado. Bonito monumento a la indecisión estás hecha. Marina quiere sumarse a la fiesta pero teme equivocarse. Quiere recular a casa de su madre pero teme arrepentirse. El cielo le distrae de sus cavilaciones con una explosión de fuegos artificiales, intenta seguir su trayectoria entre los bloques de pisos. Consta que ha bebido lo suficiente en la cena para que este ejercicio le maree. Baja la mirada y enfoca a un lugar al que aferrarse. Es entonces cuando ve a Fer a pocos metros. Él la está mirando. Flaco y quieto, sostiene

una bolsa de plástico en su mano derecha, también quieta. Su viejo amigo alumbra una sonrisa de los años noventa.

—¡Marina!

—¡Joder! —Marina ríe torpemente, incapaz de añadir palabra.

—Tía, por favor, ¿cuánto hacía que no te veía?

Fer se acerca y le da un abrazo que se alarga. Ahí se sienten bien, benditos ritos de viajeros en el tiempo. Pero enseñada Marina piensa de nuevo en lo de la fiesta, la propuesta de Sara, «va a estar genial, por favor, vente», los amigos de otra vida. Se imagina recopilando abrazos como el de Fer, abrazos que sientan bien como repostar gasolina en mitad de una galaxia fría, pero de los que una sale —como está por salir de ese abrazo— sin saber muy bien qué decir, conmovida e incómoda.

—¿Qué es de tu vida?

—¿Tú también estabas yendo a la fiesta de Juan? —deduce Fer, evitando contestar.

—¿La organiza Juan? Ni idea. Sara solo me ha contado que es una fiesta con los del barrio. Bueno, en realidad dijo: «Fiesta con las viejas glorias del barrio». O más bien algo así como «fiesta con las viejas y decadentes glorias del barrio».

Fer intenta evaluar si eso es gracioso u ofensivo. Ve a Marina morderse los labios y entiende que a ella le asalta la misma duda, así que continúa la conversación con indulgencia.

—Hostia, la Sara. ¿Y qué es de Sara, tía? ¿No estaba viviendo en Chicago, o California, o Nueva York o algo?

—Por 500 pesetas, ciudades aleatorias de Estados Unidos: Seattle, San Francisco, Washington... Un dos tres, responde otra vez...

Fer ríe la gracia sin mucho convencimiento, temiendo que la indulgencia se le acabe.

—¡Qué cabrona que eres! Venga en serio, sigue viviendo en...

—En Vancouver, Canadá. Cachondo.

—Yo qué sé, todo eso me queda muy lejos. ¿Y qué tal? ¿Es feliz?

—Pues yo creo que sí, aunque mi única fuente son sus fotos sonrientes en las redes. Llevo años sin verla.

—Ea, pues vamos a la fiesta, no vaya a ser que se haya ido de Vancouver, Canadá, y ni te hayas enterado.

Marina sonrío cálida.

—¡Imagínate que al final acaba viviendo en Chicago, o California o Nueva York!

—No sería sorprendente, las viejas y decadentes glorias del barrio siempre reímos las últimas —responde Fer con retintín.

A Marina le gustaría confesarle que la decadente es ella, que cuando está triste a veces es graciosa y, a veces, ofensiva. Que quizás por el bien de todos sea mejor retroceder a la casa de su madre, y no exponerse a la posibilidad de ser idiota ante un montón de personas que le siguen importando aunque ya apenas las conozca. Pero no dice nada de eso, echa a andar detrás de Fer, no le cuesta alcanzarle porque él no avanza precisamente con ímpetu. No sabe si su amigo no quiere llegar o si lo que no quiere es ir sin ella. Cualquiera de las dos opciones le valen para sentirle más cerca. Sonríe. Arriba el cielo sigue improvisando dibujos de luz y humo, destellos de color que se desintegran muchos metros por encima de sus cabezas después de acariciar de lejos las ventanas de los edificios.

13

María y Mara

«¡¡Mamá!!», María escucha a Mara susurrar un grito en la sala de estar. Apura despacito la copa de sidra mientras inicia una nueva búsqueda en el navegador. Lo ha apagado todo, ¡qué descanso!, solo la pantalla del portátil se resiste a dormir. Aguarda unos segundos: quizás la nieta resbale de vuelta al sueño, sin más. Eleva la mirada al techo del salón como si una deidad doméstica allí alojada pudiese atender a sus modestos ruegos. Silencio. María da agnósticas gracias al techo. Pero cuando baja la mirada se topa con un fantasma insomne.

—Mara, por dios, sí que eres silenciosa cuando quieres.

—¿Y mamá?

—Ha salido a una fiesta.

—¿Y por qué no me ha llevado? —protesta la niña disimulando un bostezo.

—¿Y por qué te iba a llevar? Que tienes seis años.

Sin réplica, Mara anota mentalmente «ir a fiestas en nochevieja» en la larga lista de actividades que tendrá que posponer hasta no se sabe cuándo. Aparta una de las sillas con cuidado y se sienta.

—¿Y tú qué haces, abuela? —se asoma decidida a la pantalla del ordenador.

María cierra pestañas rápidamente. No quiere ojos, y menos ojitos preguntones, metiéndose en sus cosas. Tras la ventana aparece una distracción providencial: estelas de luz coloreando la atmósfera. No hace falta que le diga a Mara que mire porque Mara ya está mirando. En su carita, reflejos rosas, dorados y violetas.

—¿Te gustan, eh? Venga, cuando se acaben te vas a dormir.

14 —Abuela, yo no me puedo ir a la cama después de esto... es demasiado bonito.

—¿Demasiado bonito?

—Demasiado bonito para dormirse y ya, abuela. ¿Tú has visto eso? Pero, ¿¿tú has visto eso?? Un rayo plateado ha salido desde abajo, chocando con una bola de fuego rosa, encima de esa antena, ¿la ves? Pumba, han explotado el rayo y la bola y se han convertido en caurentaymil chispas violetas que se han caído sobre todos esos tejados de ahí.

—Yo solo veo humo.

—Es que no estás a lo importante abuela —replica decepcionada la pequeña.

—Mara, a dormir, venga.

María se levanta; la niña, remolona, por fin aparta su mirada del cielo ya vacío. Su manita se agarra a la de la abuela, camino al sueño. María siente que día a día, mes a mes, la mano de Mara va creciendo dentro de la suya. El tiempo

vuela, se dice, y también te has pasado un poco con la sidra. La pequeña se acomoda en su lado del sofá cama, Diego duerme boca abajo, un cachorro humano con el culo en pompa. Mara apoya la cabeza en la almohada. Mira a la abuela, cierra los ojos, todo se acalla.

María observa a los nietos respirar acompasados, expandiendo paz por la sala de estar que de día revuelven y a ratos convierten en descarnado campo de batalla. Mira su móvil. No hay noticias de Marina. La pantalla le recuerda que es 2020 y ella lo acepta con cierto fastidio. Camina hacia el comedor, de nuevo frente al portátil, rellena su copa de sidra, vuelve a su búsqueda en internet, y se le agita la serotonina. Su querida Esther tiene razón: la oferta de auto-caravanas baratas es cada año más amplia. Están al alcance de su mano.

Miguel y Nuria

El ruido en esa casa es infernal. Las botellas están alineadas sobre la encimera de la cocina. Miguel las repasa de un lado a otro: martini, gin, whisky, ron, vodka. El muestrario no le seduce. En la nevera hay un batallón de cervezas pacíficas prometiendo moderación y no acabar la noche vomitando. Coge una y vuelve al salón donde demasiados adolescentes bailan, copa en mano. La música le impide escuchar ese suspirito prometedor que lanzan las latas de birra cuando las abres. Eso le jode. «Menuda chorrada, abrir una lata es abrir una lata, ya sea de cerveza, de coca o de red bull», le argumentaría Guille, si no estuviese tan ocupado magreando a la novia. «Mira que eres pijo, abrir una cerveza es abrir una cerveza, se trate de una lata o de una litrona», le diría Moha, si Miguel hubiese optado por festejar con los compañeros de su nuevo instituto. Pero allí está, en el barrio de antes, con la gente de antes, mirándoles ser igual que eran antes, mientras él se siente exiliado del antes.

—¡Fuegos artificiales! —chillan desde la terraza enorme del enorme salón.

Un par de chicas se exaltan y corren para ver el espectáculo. A Miguel le da un poco de vergüenza ajena tanto entusiasmo, pero sale él también en busca de un poco de aire. Afuera la ciudad parece rendida a los pies de esa juventud acomodada que le rodea. Pocas estrellas asoman tras los fuegos. En terrazas y áticos, más gente guapa da la bienvenida al año nuevo con una sobreexcitación protocolaria. Y él no sabe muy bien qué pinta ahí. Localiza a Nuria fumando con un par de amigas, va directo a ella. Nada más verle, ella interrumpe la conversación y la calada para darle un abrazo nervioso, que le rocía de humo.

—Qué bien que hayas venido, ¡pensé que te rajabas!
—sonríe.

Miguel corresponde a la sonrisa con algo de esfuerzo. Arriba los fuegos artificiales intentan distraerle de esa sensación de mierda de la que no consigue desprenderse. Algo como un incendio calmo en sus adentros, no humo sino ceniza, polvo fino de fuegos pasados y por venir.

—¿Y cómo vas? ¿Cómo te trata el instituto nuevo?

—Ahí voy, poco a poco.

—¿Pero te gusta? ¿Te adaptas bien? ¿Cómo es la gente?

Miguel revisa su lista de evasivas. Es larga y bien nutrida. Se las va suministrando hace meses a todos aquellos que le piden con más o menos elegancia un balance sobre su decisión. A su madre cuando le llama desde Bruselas, «la ciudad es genial, de verdad te lo digo, no intento convencerte. Deberías darle una oportunidad... ¿Y qué tal todo?». A su padre cuando lo encuentra a la noche en el sofá, semidormido y alerta. «¿Cómo va, hijo?, ¿qué has hecho?, ¿qué tal Moha?». Al estresado jefe de estudios del instituto nuevo, quien no acaba de procesar ese movimiento suyo de degradación académica voluntaria. Al propio Guille, que no tardó ni un mes en romper su amistosa neutralidad para soltarle dos cositas directas a la cara: «¡Sigo sin entender por qué coño te has ido a un instituto de mierda! ¿Qué hay ahí que no tuvieras aquí? ¿Prácticas de pandillero? ¿Árabe como optativa?».

—No está mal, voy buscando mi sitio, algunos días la cosa va mejor y otros peor, como todo, supongo —resuelve contestarle a su amiga.

Los fuegos artificiales han terminado. Nuria, incómoda tras descubrir inesperadas distancias, apaga su cigarro y anuncia que hace frío, que ella entra. Miguel la sigue hacia el interior de la casa, siente haber perdido la oportunidad de hablarle a Nuria de ceniza, de albergar dentro de uno incendios extinguidos, de haber dado un salto mortal y aún, ya con los pies sobre la tierra, seguir sintiendo vértigo. Mira a su alrededor: ahí hay una coreografía que ha olvidado, un baile del pasado que le expulsa. Necesita que Nuria no lo suelte.

—¿Y tú? ¿Cómo vas? —se oye decir asustado.

—Bien Miguel, lo de siempre, los profes más exigentes, los tíos más gilipollas, mis padres más flipaos con lo de buscarme la mejor carrera de la mejor facultad.

—¿Tan terrible es eso?

—Mira Nuria, en la Intergalactical Amazing Fucking Cool University puedes cursar medicina, musicoterapia y astrofísica en cuatro años —intenta imitarlos con gracia, pero un rencor subterráneo se lo impide—. Quieren ir a que conozcamos todas las putas universidades del mundo. Decidir mi maldito futuro se ha convertido en su hobby favorito.

—Tú sí que eres *amazing fucking cool*, Nuria. Diles que si se aburren hagan como todo el mundo y se vean una serie.

—Vamos, llego yo a renunciar a estudiar en un instituto top top en Bruselas para acabar en un centro chungo y mis padres me matan.

—Joder con lo de tirar mierda a mi instituto. Sois un poco pesados.

—Perdón, no se ha notado pero era un halago a tu valentía.

El tema le agota, clausura cualquier posibilidad de abordarlo.

—¿Sabes?, Intergalactical Amazing Fucking Cool Nails sería un nombre guay para un local de esos de hacerse las

ñas. Dile a tus padres que te den la pasta que valdría la uni y te abres uno. Eso sí que sería valentía.

—Qué hijoputa —replica Nuria entre risas—. Voy a por una copa, ¿quieres?

Miguel mira a Nuria, al salón lleno de gente con la que ya no sabe de qué hablar, toma un poco más de su cerveza, un regusto extraño le avisa de que quizás se hizo tarde. Ceniza.

Marina y Fer

No hay nada más triste que estar detrás de un mostrador en un local desierto. Haciendo cuentas y más cuentas, testigo privilegiado de tu propia ruina. La caja absorbe monedas y billetes a cuentagotas mientras el dinero fluye hacia proveedores, alquileres, gastos corrientes y otras cosas que ni pudiste prever. No hay nada más triste que las tiendas vacías y sus aburridos dueños, queriendo que las horas pasen para poder irse, posponiendo finalmente el cierre, a ver si por fin alguien entra y compra algo. Esa era la posibilidad que atormentaba a Sergio, y no hizo el menor intento de aparentar calma ante Marina. Pero ella necesitaba creer: rastreaba señales en los horóscopos, asumía el poco interés que despertaba su currículum como una prueba más de que tenía que montar su propio negocio. Encantadoras orientadoras le hablaban de DAFOS y CANVAS, acrónimos, si no de la prosperidad, al menos del autosostenimiento. Marina se agarró a esa fe porque a alguna fe había que agarrarse, algún camino había que cartografiar, algún futuro había que imaginarse.

Han caminado un trecho en silencio, es la noche la que hace ruido. Quizás deberían enfocarse en encontrar temas de conversación que les mantengan entretenidos mientras avanzan hacia la fiesta, avenida abajo. Evocar juntos aquellas nocheviejas en las que la exageración era un mandato, repasar un poco avergonzados el delirio que expandían en salones de casas paternas, bares del barrio o algún macrogarito. Se

han abstenido de hacer la protocolaria revisión de los logros y tragedias de aquel grupo de colegas. Contar niños, informar de divorcios, reportar algún que otro apocalipsis personal.

En el trayecto, Marina ya ha detectado seis locales cerrados: tedio en los candados, persianas metálicas adornadas de grafiti y mugre. Algunos dejan ver un interior despojado de esperanza, otros muestran alguna pista de lo que sueñan sus nuevos responsables. Luego están las casas de apuestas, los locales de juegos, negocios vampiro incrustados allá donde antes había alguien intentando ganarse la vida. De esas ya ha contado cinco. De un tiempo a esta parte le produce dolor ver tiendas vacías, cafeterías clausuradas, carteles de se traspasa que esconden una derrota. Siente un malestar físico, y el médico le dirá que está somatizando, y seguramente tendrá razón, pero eso no le evita la náusea y el desasosiego. Dos pasos por detrás de Marina, taciturno, Fer acomete la proeza de caminar aún más despacio que su amiga. Más que avanzar, parece que lucharan con sus espaldas contra una corriente que les arrastra a un destino que, en el fondo, les parece hostil.

Marina se planta frente a la sexta casa de apuestas del camino. Fer se detiene, despistado.

—Joder, ¡cuántos negocios cerrados y cuántos antros de estos! —se enrabieta ella.

Fer se encoge de hombros:

—¿Vamos?

Marina se toca nerviosa el pelo. Piensa que tanto para decidir que sí, como para decidir que no, es necesaria más voluntad de la que le queda. Intenta hacer un esfuerzo, pero ha perdido toda la determinación, solo quiere tirarse al suelo y dejar que pase otro año.

—No sé, ¿vamos? —le devuelve a Fer la pregunta.

—No sé —sonríe Fer—. Tengo una botella de ron buenísimo —dice levantando la bolsa que lleva en la mano.

Parece que lo dice por decir algo. Para ser absuelto de tener que decidir. Se pasa la mano por la cara, rascando la palma contra la piel mal afeitada. A veces el contacto con esa textura

áspera le aterriza y le calma hasta que las cosas se definen por sí mismas. Marina sigue contemplándole interrogante. Detrás de ella el escaparate del salón de juegos le devuelve su imagen. Se ve ridículo, con la bolsa colgando inerte.

Ella mira entonces a un lado, hacia el camino que deberían seguir para llegar a la fiesta. Después mira hacia el otro, al lugar del que proceden renqueando.

—A veces no tengo ganas de ir ni de volver a ningún sitio —concluye.

Fer mira a su alrededor: hay un banco ahí mismo. Da un par de pasos y se deja caer sobre la estructura de madera.

—Si nos vamos a poner existencialistas, mejor nos sentamos.

Miguel y la ciudad

La primera madrugada de 2020 transcurre con poca nube. Mudos aviones atraviesan el cielo cargados de pasajeros que entre vuelos más baratos y rituales festivos, eligieron lo primero. Taxistas de ojos apuntalados con cafeína recorren las calles, totalmente integrados y al mismo tiempo ajenos a la rutina fiestera de una nochevieja cualquiera. Sobre la ciudad, una atmósfera de lo por venir. El año empezará a desparramarse encima de cada cual justo cuando acabe la noche y los camiones de basura se lleven las botellas, las guirnaldas, y todos esos sedimentos de colores que deja la alegría consuetudinaria.

Miguel no acaba de decidir si ha sido buena idea atravesar la ciudad para constatar que ya no forma parte de ese mundo. Recuerda a sus antiguos compañeros exponer competitivamente conocimientos profundos sobre tipos de alcohol, prácticas sexuales, aplicaciones de móvil, clubes de fútbol. «Una wikipedia de la nadedad», concluye. «Eres un hijo de puta», se responde. A veces se hace consciente de que piensa cosas de mierda sobre la gente, «que eres un poco arrogante, vaya», le diría su madre, tampoco muy piadosa ella.

Teme mucho, fuerte, convertirse en un triste gilipollas con los años, como Ricardo, el de Lengua, que es el más conseguido espécimen de este tipo que le viene a la cabeza, pero teme todavía más convertirse en un gilipollas al estilo del marido de su madre, ese señor que hizo de la nada con pretensiones su forma de vida, y que apenas pudo disimular su alivio cuando, a pesar de la insistencia materna, ese adolescente melancólico y poco fino se bajó del plan belga.

Sí, no sabe si ha acertado yendo a la fiesta, pero tiene claro que ha hecho bien al marcharse. Decirle a Guille que le quiere mucho y que se ven pronto, pero que no tiene ganas de estar ahí. Y sugerirle que tampoco él, el propio Guille, debería estar allí, casi follando con su chica en medio del salón. Que si se lo van a montar ellos solos y no tienen intención de invitar a terceros, se metan en un cuarto ya y culminen la cosa, que les tienen a todos tensos. También ha estado bien decirle a Nuria que no es que se esté aburriendo, que se encuentra un poco mal, que no quiere amargarle la fiesta. Darle un beso en la mejilla mientras ella intenta decirle algo con sus enormes ojos, que él decide ignorar, porque nunca está del todo listo para lo que Nuria le tenga que decir. Porque fueron años, o quizás solo meses, buscándose en esa mirada. Y ya ha asumido que por las próximas semanas, o para el resto de su vida, seguirá estando perdido.

Pero ahora no está nada perdido, sabe a dónde va y eso le hace sentirse fuerte. Camina por la ciudad como quien realmente tiene un cometido. Ya ha dejado atrás su barrio de antes, la mente limpia de alcohol, gracias al frío. Atrás las casas amplias, con sus balcones adornados de tiestos con plantas verde oscuro, mesas y sillas, patinetes y bicicletas. Atrás las aceras anchas, los bares que por las tardes muestran mesas ordenadas y luces cálidas y adultos bien peinados hablando a un civilizado volumen en grupos pequeños y armoniosamente sentados. Atrás los contenedores de reciclaje limpios, los coches de bajas emisiones, las peluquerías diáfanas y los estudios de yoga, reiki y reprogramación energética.

Ha hecho ese camino un millón de veces y en realidad nunca lo ha hecho, piensa mientras recorre la principal avenida de la ciudad, y admira la altura de los árboles que bosquean el bulevar. Se ha decidido a caminarle por encima al túnel del metro. A no empezar una década nueva sin explorar como un Indiana Jones modesto el universo exterior de la línea suburbana que une sus dos mundos desde que tiene memoria: el mundo A, donde está la casa de su madre, no muy lejos del piso donde Guille estará empezando el año por todo lo alto en alguna habitación llena de abrigos, reprimiendo gemidos innecesariamente, dado el volumen de la música de mierda que sonaba en la fiesta. Ese mundo donde Nuria estará fumándose otro cigarro mientras piensa si tiene sentido quedarse, si esperando más tiempo, sosteniendo la posibilidad abierta, acabará pasando algo. El mundo B de la casa de su padre. La tierra del mercado donde Fer trabaja, allá donde viajaba los fines de semana alternos y jugaba a esquivar a las vecinas siempre dispuestas a saludarle a traición. Esas señoras grandes que dicen todas conocerle aunque a él le cueste quedarse con la cara de una sola de ellas. El mundo donde, recuerda, de pequeño, había amigotes rudos con los que trastear en el parque y hacer calamidades. Amistades niñas que el tiempo diluyó, cuando fueron adquiriendo cada cual sus gustos, sus formas de hablar, su pertenencia a otros grupos, familias adolescentes que se consolidan excluyendo. El que quedó afuera fue él, piensa, mientras avanza por la avenida, imaginando bajo sus pies los tubos de hormigón por los que ha transcurrido su existencia todos estos años. Viéndose ahí cada dos viernes, con su mochila. Al principio orgulloso por ser el benjamín de los pasajeros que viajan solos. Al final amargado porque ese viaje le aleja de sus amigos, cuestiona su pertenencia a la familia de adolescentes afín.

Por la avenida los primeros coches van volviendo de fiesta, le superan a toda velocidad sin tiempo para reparar en los palacios de otros tiempos, edificios no tan viejos coronados por áticos reservados para los mejores de la ciudad. Una larga

línea de semáforos sincronizados juegan a transformarse del rojo al verde y del verde al rojo pasando por un amarillo escurecido. El adolescente puede apreciar el aire adensarse bajo la luz de las farolas, revelando que la oscuridad está hecha de agua y frío. Mientras cruza la noche de Norte a Sur la ciudad es toda suya. Después de todo, valió la pena irse tan lejos para poder volver.

Fer y Marina

—25 años en el mismo lugar, ahí clavado de lunes a sábado, es fuerte —ha empezado a decir Fer cuando todavía se estaban bebiendo el medio litro ligero de ron.

Apuran a sorbitos la botella, rebañando un poco de calor para sus cuerpos bloqueados de indecisión y frío. Están sentados muy cerca: ella con las piernas dobladas sobre el banco, abrazándose las rodillas. Él con la espalda bien pegada en el respaldo, los pies en contacto con el suelo, su mirada parece irse lejos. Marina se sorprende buscando enfrente, en el salón de juegos, cámaras de seguridad. Le molesta que puedan estar filmando su desasosiego. Es entonces cuando Fer empieza a hablar de Carmen.

—La del ultramarinos, ¿te acuerdas? Aguantó ahí un montón de años, la Carmen. Cuando llegué yo a la pollería, ella ya llevaba media vida. Me molaba a mí y todo la mujer, siendo un chaval. Y eso que en esa época ella tendría como ahora tú, unos cuarenta años.

—Coño, pues se ha muerto joven —hace cálculos mentales Marina, mientras le arrebató la botella para neutralizar un escalofrío—. ¿De qué se ha muerto?

—Un cáncer chungo, estaba ya enferma cuando cerraron el puesto. Aguantaron un montón pero, junto a ella, todo empezó a deteriorarse. Y ya está, se acabó. Se ha ido.

—No sé qué pasa, de un tiempo a esta parte no para de morirse gente —replica ella.

—Uy sí, es como una epidemia de muerte.

Se miran y sonríen, podrían decantarse por el humor negro, alejarse de lo que duele por el camino de una conversación absurda. Pero Fer cierra esa puerta y se pone evocador. Están a punto de entrar en la media botella triste.

—Me gustaba porque sonreía siempre. Pero no era una sonrisa de esas de querer agradar, de atender bien al cliente. Era una sonrisa de estar bien en el mundo.

Marina escarba en su memoria en busca de la cara de la tendera, así entre recuerdo e invención reconstruye unas facciones y les incrusta la sonrisa que Fer acaba de describir. No sabe qué decir, se acerca unos milímetros a él, afloja los brazos en torno a sus rodillas, por si en algún momento se animara a tocarle una mano o un hombro acortando una distancia de décadas. Sabe ya que la fiesta de Juan ha dejado de ser una opción. Mientras su amigo bebe un trago largo, se mira en el escaparate de la casa de apuestas y repele un amago de autocompasión. A la derecha de su reflejo, un futbolista de dientes blancos te invita a arriesgar y ganar. Aún más a la derecha, entre el escaparate y el siguiente portal, hay una pintada que le resulta familiar: una flor (una rosa, quizás) rodeada de lo que parece un alambre de espino. La voz de Fer vuelve a reclamar su atención.

24

—Me he enterado hoy de lo de Carmen. Ha aparecido el marido en el mercado y en cuanto le he visto he imaginado a qué venía. Me ha dado un bajón tremendo. Pero no por Carmen, que era reina y señora de lo suyo, sino por mí. Me he visto el resto de mi vida ahí metido, rey y señor de un mundo muerto. Le he dado el pésame al marido con un nivel de dramatismo que vamos, ni que hubiese sido yo algo de la Carmen. Se ha quedado mosqueado, creo que debe de pensar que sí, que pasaron cosas entre nosotros. Y la verdad es que pasó de todo, pero solo en mi cabeza. Nunca se lo había contado a nadie y no sé por qué coño te lo estoy contando a ti.

Ríen los dos. Marina piensa que quizás es justo eso lo que necesite esa noche, compadecerse de otro en lugar de sí

misma, lidiar con mierdas ajenas para no tener que confrontar las propias.

—¿Y nunca has pensado en dejarlo, buscar otro trabajo?

Él le responde con una mirada, una tensión corporal que ella conoce demasiado bien. Es el reflejo de la imposibilidad. Ese que Sergio maneja con destreza, que se activaba cada vez más evidente cuando ella le cuestionaba el que siguiese tozudo en su camino hacia el gruñonismo estéril. Un malestar en el que su ex braceaba a gusto en busca de una angustia vital aún más conseguida. Pero a Fer lo imaginaba más pragmático, en su barricada del mercado, haciendo chistes y cortando pollos, chapoteando en una normalidad en extinción. De qué formas tan distintas se puede llegar a similares páramos, se dice Marina. Mira a Fer demandando respuestas que interrumpían ese flujo áspero de pensamientos.

—Claro que lo he pensado —sigue él—. Pero no es nada fácil.

Excusas y fatalismo, no se puede y ya está. Y sí, el credo de Sergio tiene sorprendentes acólitos. Joder, no hay forma de desalojarlo de su cabeza. Demasiadas cuentas pendientes.

—Mi ex dice que no hay nada más triste que un hombre detrás de un mostrador ante un negocio vacío. Ahí esperando clientes, esclavo de un lugar y de un reloj.

—¿Te has separado de Sergio? Siempre me pareció un capullo.

Marina ríe atragantándose con el ron.

—Pero si apenas lo conociste.

—Ni falta que hizo, lo poco que vi bastó. Nos observaba como material literario mientras soltaba frases grandilocuentes. Espero que al menos consiguiera escribir un puto bestseller.

—Tampoco tu ex nos miraba a los demás muy bien, ¿eh?

—Pobre Clara, no era su culpa, nunca tenía suficiente. Y pobre yo también, ¿eh? Siempre me sentía en falta. Menu-do vicio teníamos con volver una y otra vez a nuestras insatisfacciones.

—Perdí la cuenta de vuestras recaídas. Normal que tuvieras fantasías con Carmen.

—Ya ves, de la última recaída nos salió hasta un hijo —Fer se nota ya pedo. Contraataca—. Mira, enterarme que te has deshecho del idiota de Sergio compensa un poco mi bajón por la muerte de Carmen.

Marina no quiere analizar esta correlación.

—Meterse con mi ex siempre está bien, pero no evadas el tema. ¿Quieres dejar el negocio y no puedes?

—¿Quién va a comprarme el traspaso? Es un desastre, hasta los pollos parecen deprimidos.

Marina le concede una risilla protocolaria.

—El idiota de tu ex tiene razón, es una mierda estar ahí mirando el reloj, esperar que se acerque alguien de una puta vez y se deje unos euros.

—Pero llevas ahí toda la vida, la gente te tiene cariño, tendrás un montón de clientas fijas.

—Sí, pero se me mueren. La tasa de mortandad entre mi clientela es nivel guerra mundial, te lo juro. Hay meses en los que enterramos a cinco. No son tan fieles como para venir de ultratumba a por unas pechugas.

Marina suelta una carcajada escandalosa, no porque el chiste lo merezca sino porque ella lo necesita. Fer la mira agradecido y a ella le asaltan unas ganas improcedentes de besar esa boca cercana, esos ojos acuosos. Pero mejor no.

—Luego están las desaparecidas —sigue Fer, perdiendo chispa—, las que ya no pueden más, y viven encerradas en sus casas, sus hijos les hacen la compra por internet y ahí se quedan, comiendo cosas blanditas, aferradas al mando a distancia.

—¿Y no va gente joven? En mi barrio la gente joven va a los mercados

—Aquí los chavales no deben comer pollo. Vienen al mercado, pero directos al puesto de al lado —hace una pausa dramática, dejando que el interés por «el puesto de al lado» se instale en Marina, que sea ella quien determine si la conversación va a seguir por allí.

—¿Qué hay en el puesto de al lado?

—Empanadas de posho, carne picante, carne suave, verdura... —recita en un acento extraño.

—¿Qué son? ¿Bielorrusos? —aligera ella con sorna.

—Cabrona, argentinos, ¿qué van a ser? Que te he hecho el acento y todo.

—Para mí tienes el acento universal de alguien que se ha bajado media botella de ron —ríe ella.

Pero se da cuenta de que no puede volver por el camino del vacile noventero que estará reinando ya en la fiesta a la que no fueron. Asume un tono más serio.

—¿A los de al lado sí les va bien, entonces?

—No sé, se quejan, creo que esperaban más. No sé en qué mercado de qué barrio pensaban que aterrizaban. Con todo, va llegando gente, llevan a domicilio, se buscan la vida —da un trago, prepara su voz para decir algo desconcertante—. Creen que de aquí a un año podrían comprarme el traspaso.

Marina le mira descolocada. Quiere decir «No entiendo». Quiere decir, «aquí hay algo que no cuadra». Quiere decir «¿es este cráter que se acaba de abrir en tu discurso lastimero una contradicción de dimensiones nunca antes vistas?». Pero no dice nada porque ni falta hace.

—Tengo cuarenta y cinco tacos, no acabé BUP, corto pollos como nadie. Adónde voy, ¿a cortar pollos a otro lado? ¿Me reinvento? Yo sé cómo es ahí afuera. Las viejas y decadentes glorias del barrio, como dice Sara. No es un puto chiste, a unos pocos no les ha ido mal, pero a otros, incluso a los que estudiaron después, les veo saltar de curros de mierda a curros de mierda. Mendigando subsidios. Cada vez peor, cada vez más fuera, ¿sabes dónde pasan algunos las tardes? En uno de esos —señala al frente mientras Marina sigue muda su discurso—. Me veo ahí metido como muchos de los nuestros —se detiene—, como muchos de los míos —recalca—, esperando que una puta máquina o un caballo, o un jugador multimillonario de fútbol obre su magia sobre mi ayuda de cuatrocientos euros.

Fer la mira como desde arriba, como desde el frío, como desde infinitamente lejos. Ella piensa que está harta ya de tíos impotentes que no toman las riendas de su vida. Que no asumen, que te dejan en la estacada con la hipoteca, y las deudas, y los dos niños y el puto mundo alrededor en decadencia. Tíos que se dedican a autocompadecerse y llorar borrachos mientras se les comen el futuro. Ve la botella casi vacía en la mano de Fer, ve el cristal resplandeciente de la casa de apuestas, tan resplandeciente como será el salón de juegos que quizás ocupará el lugar de Café Abismo, el negocio que no pudo mantener, en el barrio de clase media en el que ya no puede vivir. Lo que siente ella no es autocompasión, es furia. Tanta, que agarra la botella, la vacía de un trago, y sin soltarla, se levanta, corre con la determinación que le ha faltado toda la noche, y la estampa contra la cristallera del local.

La luna es más fuerte que ella. La repele lanzando un grito de sirena. Pierde el equilibrio, cae ridícula con la botella en la mano. Fer llega hasta ella pero en lugar de ayudarla a levantarse le quita la botella, la esgrime como un bate y ataca. Golpea donde Marina abrió una mínima grieta, descarga toda su frustración contra la superficie, y es tanta que quiebra por fin el cristal. Por un instante ambos se quedan mirando la botella milagrosamente intacta en su mano llena de cortes. La sangre empieza a asomar. Marina se levanta de un salto y echan a correr, pues la alarma invade ya toda la calle y no tardará mucho en llegar el primer coche patrulla. Y gritan de júbilo y de terror y de vértigo mientras la gente les mira asumiendo su locura como una extravagancia más de la nochevieja que avanza.

Mara y Diego

Le han despertado las sirenas, si es que en algún momento llegó a dormirse de verdad. A veces cuando el mundo de los adultos está todo agitado, Mara siente que le toca vigilar. No

vaya a ser que se duerma y al despertar haya pasado algo. A su lado Diego duerme como un profesional. Sus padres repiten con tanto agradecimiento que qué bien que duerme Diego, que qué suerte han tenido, que empieza a pensar que esa es la principal cualidad de su hermano pequeño. Y la verdad no le parece para tanto. A Mara lo que se le ha dado siempre fenomenal es estar despierta. «Eras una larva y ahí estabas con los ojos abiertos», le contaba su madre, «tu padre dormía más que tú». «Si hubieses dormido más, te hubiese llegado el hermanito antes», bromeó una vez su padre, provocando una risilla de su madre embarazada. Pues sí que es importante lo de saber dormir, si lo consigues te regalan un hermano, concluyó ella, poco conforme con la recompensa.

Con Diego mostrando sus grandes habilidades para el sueño desde el principio, Mara se echó sobre los hombros la responsabilidad de hacer guardia, no fuera a ser que se durmieran y apareciera otro enano. En realidad la cosa no funciona así, le contó su mejor amiga. Explicado el proceso por el cual, el sueño de los hijos influye en el suministro de nuevos hermanitos, Mara bajó la guardia, sus padres ya dormían separados. Que ella durmiese mucho o poco pasaba a un plano secundario en materia de reproducción. Pero justo cuando se había relajado empezó a pasar de todo. Mamá estaba cada vez más nerviosa, papá cada vez más callado. La casa fue mutando con ellos dentro. Primero fueron las plantas, que Sergio empezó a descuidar como si una parte suya, la encargada de regar, ya no viviera ahí. Después fue la comida, la nevera se iba llenando de cosas precocinadas que su padre arrojaba a una sartén y disponía sobre la mesa a las ocho de la tarde, con las últimas fuerzas que le quedaban para concluir el día. Algunas tardes Mara las pasaba en Café Abismo, mientras su madre sonreía a la nada tras la barra. A veces le parecía que Marina miraba afuera como los perritos de las tiendas de mascotas. Ansiosa por corretear, encerrada lejos de la luz y de los parques. Otras veces le parecía que, con esa mirada, su madre intentaba convertirse en superhéroe y atraer por medio de la

telepatía o la telequinesis a la gente. Parejas, familias, grupos de amigos, que se sentaran en los sofás desaparejos, entre los cojines que Diego se obcecaba en desperdigar sobre la tarima resistente que tanto había tardado su madre en elegir y que casi nadie aún pisaba. Mara sabe mucho de tarimas. No debe ser un tema apasionante, pues su mejor amiga ya le dio a entender que su amistad peligraba si volvía a la carga con el pino, el roble y el nogal. Al menos las tarimas no dan miedo, son suelo firme sobre el que desparramarse, lejos de los monstruos, los espectros y todas esas amenazas que podrían existir. Mara mira de nuevo a su hermano durmiendo destapado, indiscutible gurú del sueño, y decide seguirle. Se tapa entera con la colcha, a salvo de todo lo real y lo posible.

Marina y Diego

30

Recta como una tabla en el sofá, Marina siente mucho peso. Es un peso encima, es un peso adentro, podría decirse también que es un peso que le arrastra desde abajo, como las piedras que atan a la gente al tobillo antes de tirarlas al mar, para que toda resistencia sea inútil, toda brazada una obstinación patética. Así tiesa, reúne las fuerzas justas para girar la cabeza a un lado. Ya hay buen sol en la casa. Ve cómo la luz descarada de los festivos se derrama sobre el mueble del salón: amarillea el polvo que flota, niebla doméstica de media mañana que sobrevuela los adornos y las fotos. Ahí no falta ni un cromó del álbum familiar Salvatierra. Posan con desigual competencia en escenas rituales de bodas y comuniones, graduaciones y aniversarios, sonrientes ante su inmortalización. También están las fotos de viajes: gente ordinaria midiéndose con populares monumentos, figuritas paseando por postales europeas. Y también personas muertas: elocuentes retratos de la ausencia.

Mira esa foto tan de los ochenta en la que Pedro los tiene aupa a su hermano y a ella. Manuel parece querer largarse. Pecosó y risueño, ya ensayaba el escapismo como forma de

vida. Marina más pequeña y más fan de su padre le mira embelesada. Se pregunta si ha visto alguna vez a Mara mirar a Sergio de ese modo. Y concluye que no, que su hija no, que era ella misma quien miraba en el pasado a su ex-pareja con esa admiración excesiva, ese amor tan grande que ha de consumir un poco de amor propio para completarse. Hay cosas del amor veinteañero que a los 40 se recuerdan con un poco de vergüenza ajena, se dice haciendo un gesto de desagrado que nadie presencia.

Tres fotos a la derecha, después de una exposición de bebés —Manuel y ella, sus dos hijos y sus dos sobrinos, todos seguidos, como para jugar al juego de las diferencias— está su abuela. Cansada, ya con la piel muy seca, sin fuerzas para mantener una sonrisa ni por la duración de un click. A veces la muerte no es algo que pasa en un día, como le golpeó a su padre, piensa Marina, es un drenaje lento de las razones para seguir ahí. Gracias, le susurra a la foto de su abuela, por acabar el proceso de morir con tan buen timing y ofrecerle lo que le parece su última salida: una casa disponible desde la que volver a empezar. El peso afloja un poco, le sale por los ojos, asumir el cambio de escenario ha reventado el dique.

Un rayo torpe corre desde el cuarto de estar hacia el salón, tirando todo lo que se le interpone en el camino. Ella recupera la colcha a sus pies justo a tiempo para secarse las lágrimas. Diego la encuentra completamente tapada, toda una provocación para un sujeto de dos años. El rayo le cae encima sin piedad, le clava las rodillitas en el estómago quebrando su rigidez, y con jovial brutalidad le arranca la colcha. Una cara pequeña y un idioma especializado en pedir cosas, ya ya ya, desplazan todo lo demás.

—¡Quieo eche!— exige Diego, y ella intenta ganar algo de tiempo horizontal agarrándolo con mimo inmovilizador y dándole ruidosos besos.

—¡Eche!— reclama Diego insobornable.

La abuela aparece providencial con su bata, dando los buenos días. «Ya te la traigo yo, bicho». El pequeño, satisfecho, se

queda todo desparramado sobre su madre, encajado sobre las elevaciones y llanuras de su cuerpo, inconsciente de su ambivalente función: a veces piedra atada al tobillo, y otras veces, tantas, tabla. Marina lo estudia, lo baña esa luz doméstica que se ha retirado del polvo y la nostalgia de las fotos para arrojarse sobre el presente y subrayar la maravilla.

Miguel y Fer

El cristal se parte en añicos cuando se estrella contra la acera. Un segundo antes, el barrendero le ha dado un golpe profesional y al mismo tiempo gozoso, a la luna del local de apuestas. Su compañero le dice que lo ha visto, mientras exagera un suspiro recriminatorio. El barrendero se hace el loco, total, tal como estaba el cristal, antes o después iba a caerse, le despacha, mientras amontona los pedazos de vidrio. «Mira que nos vamos a meter en un lío», le contesta el compañero.

32

Ha sido entrar en el barrio y que empezaran a proliferar las casas de apuestas, como si fueran una especialidad local, piensa Miguel, mientras avanza a buen ritmo. A veces mira estos locales atento, estudiando el magnetismo que ejercen sobre algunos de sus compañeros, como temiendo que si se acerca demasiado le absorban para dentro. Ya cerca de la casa de su padre se cruza con dos barrenderos que charlan mientras retiran los cristales rotos de uno de estos locales. Alguien los ha destrozado. ¿Habrá sido una acción organizada por una célula de jóvenes hartos, el ataque coordinado de un grupo de madres desesperadas, o el desahogo de algún ludópata allí arruinado? Ve una pintada rudimentaria en la pared al lado del local: una flor en el centro, y alrededor, una línea con pinchos que le salen, se pregunta si habrá alguna relación con lo que le ha pasado a la sala de juegos.

Los barrenderos observan ahora unas manchas oscuras en la acera, frente a la fachada. «Sangre de héroe», dice uno. «Espero que sea sangre de vándalo, que sale más fácil»,

contesta el otro. Tras compartir una carcajada se quedan mirando a Miguel, quien se incomoda y acelera el paso. La que han visto los barrenderos no es la única mancha de sangre que hay. Miguel ve varias más camino a casa. De pronto desaparecen y las olvida, hasta que llega al portal y descubre unas gotas pisadas sobre el suelo. Primero no les da importancia, pero luego, tras abrir la puerta del piso de su padre, que ronca en el sofá, y apagar la tele aún encendida, encuentra nuevas manchas en el cuarto de baño, salpicando la toalla. Vuelve alarmado al salón, afinando la mirada ante la escasa luz que entra por los agujeros de la persiana bajada. Fer tiene una mano vendada.

Miguel piensa en irse a la cama y aplazar la duda hasta que su padre despierte. Pero teme una especulación ruidosa, un zumbido de ficciones que no le dejarán dormir. Le mira un poco más intenso. Carraspea. Carraspea más fuerte: funciona. Fer abre los ojos y se encuentra a su hijo ahí parado. Alza con esfuerzo la cabeza.

—Sí que vuelves tarde. Menuda fiesta te has dado.

—He caminado como diez kilómetros.

—Buena forma de bajar la borrachera —resopla el padre.

—No me he emborrachado papá, ¿y tú? ¿Qué te ha pasado en la mano? ¿Te has peleado?

—¿Pelearme yo? —a Fer le ofende la pregunta, siente que su hijo nada sabe de él, claro que él tampoco sabía que podía ser un vándalo—. Na', un accidente, una chorrada. —Intenta pensar una coartada rápida pero su cabeza le dice que no, su mente se declara clausurada, solo quiere dormir un año. O al menos un par de horas más—. Anda, vete a descansar de tu caminata, chaval.

—Alguien ha reventado los cristales del local de apuestas de la avenida.

—¿Cuál de ellos? Hay decenas.

Miguel desecha hipótesis al ritmo que le posee el sueño. Sonríe a su padre y se retira a la habitación, se va sacando la ropa hasta quedarse en calzoncillos, y así casi desnudo, se acerca a la ventana por la que entra un frío atroz. Abajo, los

últimos borrachos se recogen, mientras los primeros niños salen abrigados hacia los parques, acompañados de progenitores somnolientos o abuelos voluntariosos.

A Fer le cuesta volver a dormirse. Y no es por la pulsión detectivesca con la que su hijo le ha despertado, tampoco por una resaca que no tiene, ni por el dolor en la mano, que casi ni siente. Marina le puso sorprendentemente bien la venda cuando llegaron a la casa, totalmente fuera de sí mismos, con la electricidad de los años noventa animándoles la risa. Demasiada emoción, más intensa de la vivida en años. Y ella allí sacándole con cuidado el abrigo, la camisa. Observándole, mientras con un algodón y alcohol le limpiaba los cortes, y con los dedos precisos le sostenía abierta la mano, buscando restos de vidrio. Quedo, como un niño agradecido, la vio hacer un par de intentos hasta que dispuso satisfactoriamente la venda. Y se dijo que todo aquello parecía una película, la secuencia previa al beso, gente torturada que se mira a los ojos, sonriendo. Después el sonido de la respiración toma el espacio, los besos se multiplican, la piel responde, la ropa sobra y se va retirando con ansias, con torpeza, con la devoción justa para no asustar y al mismo tiempo evidenciar el deseo, activar los fluidos internos, la pulsión de agarrarse con fuerza, como si fuera aguardara el abismo, el frío puro, el hostil desierto. Agarrarse fuerte hasta acabar entrándose, tomándose, estallándose adentro.

Intentó seguir el guión que se escribía en su cabeza, la atrajo hacia sí con la mano sana. Ella apenas pudo responder al beso que debía activar todo lo demás. Suspiró sí, pero no era una señal de deseo, sino una confesión de imposibilidad, Fer no necesitó ni un segundo para entenderlo.

—Perdón —dijo él. Ella le devolvió una sonrisa incómoda y compasiva como una colleja.

—Hablamos, Fer, cuídate mucho —le dijo como toda explicación antes de desaparecer.

Marina y María

María mira a su nieto como si no supiera si darle el achuchón definitivo o enviarlo a un reformatorio para niños de 0 a 3. Ya ha llenado el suelo de bloques de colores, arrasado con todos los adornos a su alcance, derramado un par de líquidos con alta capacidad de enguarrinaje y perimetrado con migas toda la mesa del comedor. Ahora ha abierto un cajón y procede meticulosamente a vaciarlo. Intercambia una mirada con Marina: sin hablar siquiera constatan que comparten una misma idea, mejor que Diego se concentre en sembrar un acotado caos que dejar que extienda la entropía por todo el piso.

Ya es la tercera vez que Mara dibuja lo mismo. Está poniendo a su madre nerviosa. Con trazo compulsivo se emplea en una especie de reedición, versión primaria, de la habitación de Van Gogh: una cama de proporciones improbables, una alfombra jurásica en el suelo y una ventana de la que asoman las plantas. Marina se da cuenta de lo que está haciendo y mira de refilón a su madre. Se le agota el tiempo. Pasó la cena de ayer, pasó hoy por la mañana. Pasó el consomé y el pavo con la manzana asada. Volvieron a poner los polvorones y la sidra. Por pasar, pasó hasta el momento del café. Y aún no ha sido capaz de decir nada.

—Qué bonito, Mara, ¿es tu habitación?

Mara le está enseñando su obra a la abuela con cara de artista torturada. Lejos aún de rebanarse una oreja, pero cerca del llanto. O al menos eso delatan sus ojos negros, que se vuelven hacia su madre. Es así, ya no le queda tiempo.

—Mamá, ayer entregué las llaves del local. Los números se me fueron de las manos. Voy a tener que alquilar nuestra casa para poder afrontar la hipoteca y algunas deudas. ¿Podemos ir unos meses a la casa de la abuela? ¿Podrías hablarlo con las tías, a ver si lo ven bien?

Algo se rompe. Diego mira a su madre y a su abuela esperando una oportuna reprimenda. Pero ellas no le miran. Marina completa la proeza de no mirar realmente a ningún

sitio. María se ejercita en la misión de no mirar a su hija de ninguna forma en particular. Mil frases le vienen a la boca, se estrellan contra sus dientes con afán inoportuno. Aprieta los labios, clausura telodijes, pospone cuestionamientos y consejos. Mara se ha escabullido al lado de su hermano que aún mira a las dos mujeres, ensayando pucheros. La niña va metiendo las cosas ordenadamente en el cajón, observa la cuchara de porcelana que Diego se acaba de cargar, invocando el poder del pegamento. Soñando con un pegamento descomunal que pueda sostener junto todo ese mundillo suyo en plena fragmentación. «No pasa nada», dice abrazando a su hermano. No se atreve a mirar al mundo de las adultas.

1-2000

María y la clase

Mira al patio tras la ventana del aula poblarse de alumnos helados de frío. Son las 8 de la mañana y es una mala hora. No es ninguna novedad, lleva días siendo una mala hora. Solo es cuestión de tiempo, se repite como un mantra. Es solo una cuestión de tiempo, pero en esta mala hora, no quiere que los alumnos vayan avanzando hacia el edificio, entrando en el hall y subiendo las escaleras hasta llegar al aula desde el que aún los mira. Implora una vez más a un dios ausente que lo detenga todo. Pero no hay dios que congele el tiempo, ni pena que lo apiade, son las 8:03 y ya oye a los estudiantes acercarse por los pasillos.

Toma aire por la nariz, hasta el diafragma, y lo suelta suave por la boca. Lo hace de vez en cuando: los monitores de yoga, los gurús de la meditación y hasta su psicóloga de la mutua coinciden en que eso es bueno, que calma, y ella no está para despreciar consensos. Su aliento genera una pequeña nube, cae en que el frío que siente no es solo interno y que tantos días con las aulas cerradas van a hacer la jornada dura. Le alivia saber que dará clase en una atmósfera coherente con su invierno íntimo. E inesperadamente, le aligeran también las primeras voces que cruzan el umbral: empieza el primer día de clase del nuevo milenio.

—¡Que no es el nuevo milenio, pesados! ¡Que el nuevo milenio empieza el año que viene! —es la primera frase que distingue.

—Pero qué más da cuándo sea realmente, lo importante es lo que la gente sienta. ¡Y yo ya me siento en el segundo milenio! —replica otra voz.

—¡El tercero, bestia! ¡Que es el tercero!

Las tres voces masculinas en proceso de consolidación celebran con risas idiotas su reencuentro. Amenazan con entrar en el bucle pavo, piensa María, preparándose para girarse y enfrentarse a esa gente ruidosa, aún ajena a los duelos. Aunque quizás sea un bucle pavo lo que necesita, rodar en una noria de chorradas hasta marearse y olvidar.

Se da la vuelta y saluda.

—¡Hola, profe! —le dicen quienes van entrando por la puerta. Hay en la mayoría de las voces un cariño burlón, renovado tras quince días de distancia. Pero unos pocos acompañan su «hola, profe» de tímida preocupación. Saben lo de Pedro, piensa María, mientras mantiene una sonrisa ritual de bienvenida. Lo saben y eso lo hace todo más difícil. Vuelve a mirar por la ventana mientras se sientan. Dos respiraciones y pasa, se dice mientras escupe nubes en la atmósfera del aula. La vida ha de seguir, se convence, el alumnado hace silencio: algunos sacan sus cuadernos, otros la miran expectantes, un par se mueren de sueño.

—¿Qué frío, no? —dice al fin rompiendo el hielo.

—¡Sí, profe! —le responde una cuarentena de cuerpos encogidos.

—¿No va la calefacción? —protesta una.

—Será el efecto 2000 —bromea otro, por suerte no desemboca en ningún bucle.

—¡Feliz año, profe! —grita una chica, y todos le hacen entusiasta eco, menos los que saben.

María intenta no mirar a los que saben, entona finalmente un feliz año a todos, un espero que hayáis disfrutado mucho, y procede a explicarles cómo seguirá la clase. Volverá

a abordar el periodo de entreguerras, como lleva haciendo quince años, con los mismos materiales, los mismos chascarrillos y espera que el mismo éxito. Sin embargo, nota que no consigue articular el tono animado y didáctico que necesita, que sus frases tienen la consistencia lúgubre de una guerra mundial, que quizás debería haberse pedido la baja. No pasa nada, se dice, imitando internamente la cadencia de voz de su psicóloga. Lo escribes y ya está. Se dirige a la pizarra, toma un trozo de tiza y empieza a plasmar un esquema con los nombres y los hechos, las causas y las consecuencias, las corrientes y sus víctimas, las victorias y sus sombras. Su trazo es menos definido que otras veces, pero en ese mapa que escribe en la pizarra parece encontrar una salida a su bloque. Al menos hasta que se da cuenta de que un murmullo muy débil, un susurro triste, se expande de las bocas a las orejas. Deja abruptamente de escribir. Ya está. Ya lo saben todos. Era cuestión de tiempo.

Girarse de nuevo, enfrentarse con ochenta ojos compasivos se le hace inabordable. Las siente sobre su espalda, las miradas de luto, las gargantas atravesadas de los pésames que aún no saben pronunciar, la incapacidad de acompañar a esa profe tan querida que se ha quedado viuda en navidades. Así de golpe. Un accidente de coche. No lo puedo creer. Qué putada. Joder. Mi tío también murió así. Mi madre dice que el marido era muy buena gente. Pobre profesora Salvatierra. Algún alumno demasiado empático se sorbe discretamente los mocos. Alguien retiene alguna lágrima que le quedó por llorarle a otro muerto. Y María ya no puede darse la vuelta y enfrentarles. No puede hablarles. Gira solo 90 grados, sus ojos miran hacia la puerta, habla con el volumen justo para que le oigan los de la primera fila.

—Ahora vuelvo.

Ya en el pasillo, corre hacia la sala de profesores, pero siente que no llega y se mete en el primer baño que encuentra. Después de todo, aquí tendrá más intimidad. Cierra la puerta tras de sí, y llora a Pedro con todas las fuerzas e impotencia

del primer día. Cuando colgó al policía y comprobó que no había dios al que pedirle que doblegara al tiempo.

Marina y el metro

«Ni se enteró», «así no tendrá que enfrentarse al deterioro de la vejez», «murió guapo», «vive en nuestros recuerdos», «mucho gente muere cada día, no tiene nada de especial», «ya solo me queda llorar a mi madre, eso que tengo adelantado», «la vida tampoco es para tanto». Ha conseguido decírselas todas del tirón, un arsenal de frases que lleva dos semanas convirtiendo en una oración atea, con irónica desolación, descarnada distancia. Se las ha dicho sin apenas mover los labios, la mirada fija en su propio reflejo en la ventana, mientras el vagón avanzaba por el túnel. Una letanía idiota. Y ahora ha llegado a destino.

40 Toca retomar las clases. Entrar en el edificio donde tímidamente vive su etapa universitaria. Irrumpir en el aula con el rostro marcado por sus ojeras de huérfana. Ya nota en el andén que esas razones tontas que han mantenido su alarido a raya se alejan como atrapadas en el vagón. Se ha quedado vacía, sin palabras, sin huesos que la sostengan recta. Mira las escaleras e imagina montañas, pronunciadas laderas como las que su padre insistía en subir mientras ella protestaba sin aliento. Mira las escaleras mecánicas y ve pendientes en movimiento, sonrío, se marea, marcha hacia el ascensor y consigue entrar antes de que se cierre.

Hay dos chicas dentro. Se pregunta si tendrán padres. ¿Cómo no van a tenerlos? A los 20 años lo normal es tener padre. Y si no se tiene, estar ya habituada a ello. Definitivamente los 20 años no es edad para estrenar orfandades. Lo sabe, pero no supo decírselo a su madre cuando el día anterior le añadía al dolor de su duelo de viuda, el dolor por el deficitario duelo de su hermano. «Se podía haber quedado unos días más al menos, qué prisa por volar», había refunfuñando

María mientras volvían del aeropuerto. «Entiéndelo mamá, es un momento de mierda para quedarse huérfano», tenía que haberle dicho.

El ascensor también llega a su destino. Pero ella necesita seguir pensando. Las chicas salen sin reparar en que ella no. Las puertas vuelven a cerrarse, y se queda sola. Un poco como le ha dejado Manuel ante el pesar de su madre. Un poco como le dejaba su padre, metros y metros atrás, cuando tomaban esas largas y empinadas pendientes. A su hermano le entiende, se aferra a lo que tiene: el Erasmus en Italia, la independencia total cuando la mayoría aún vive en casa de sus padres. Amigos, fiestas, ligues y esa sensación de trascendencia, de estar en el lado luminoso de la existencia, la serie de moda donde todo el mundo querría vivir. Y de pronto va tu padre y se te muere, tan joven e inoportuno, en el lugar que por fin habías dejado atrás.

En el andén de nuevo, nadie espera el ascensor. Agradece ese rincón solo para ella mientras las puertas se cierran y la caja se eleva. Su hermano no podía estar más tiempo huido, la vida tiene demasiadas cosas para ofrecerle, bastaba con tomar un avión y entrar en otro clima, otro mundo. No quiso que le acompañaran al aeropuerto. Total, estaban sin coche. Tenía razón. No había sido buena idea. Como tampoco es buena idea volver a pensar en esa escena, mientras el ascensor vuelve a abrirse y un par de chicos entran. Estos sí observan con extrañeza que ella presione de nuevo el botón que les llevará al andén, como una ascensorista incongruente. Tampoco ahora ha juntado las fuerzas para salir de ahí.

Intenta no volver a aquel momento, pero no hay forma. Los ojos de su madre, las rodillas que tiemblan, su desconuelo mientras Manuel desaparece con su trolley por la zona de embarque. Un desconuelo que hace ridículo su propio pesar de huérfana. Y todo en medio de peña que nada sabe de quién era su padre ni quién es esa mujer aún joven a punto de caerse, hasta que finalmente Marina reacciona, salva la distancia que las separa y consigue sujetarla a tiempo. Al

agarrarla del brazo, siente como una corriente la vulnerabilidad de quien no sabe si podrá recuperarse. Lo piensa así, quizás no se recupere. Quizás he perdido a dos progenitores por el precio de uno. Quizás estará para siempre arrasada nuestra vida. Quizás no haya tiempo, ni terapia, ni autoengaño que nos libre de este tajo, se dice, mientras sostiene a su madre que parece ensayar ser anciana y dependiente. La conduce hacia la salida del aeropuerto, silenciosas e impasibles se abren las hojas automáticas. La cruzan como quien volviera a internarse en un mal sueño.

El ascensor ya está arriba. Ahora son cuatro los que entran. Mientras la caja desciende, ruega que nadie advierta sus ojos inundados, sus rodillas que tiemblan. Y al mismo tiempo desea que alguien repare en ella: que salve la distancia y la haga desaparecer en un abrazo, o al menos, le ayude a salir de allí.

Esther y María

42

Se mira los dedos flacos y malolientes de vómito. La puerta abriéndose con violencia le ha sorprendido y ha parado de hacer lo que estaba haciendo, era un escándalo. Ese sonido ancestral de su estómago inadecuadamente lleno, la arcada provocada con destreza y de nuevo, el desayuno haciendo el camino inverso hacia la boca. Se ha quedado a medias. Alguien ha abierto la puerta, haciéndola chocar con rabia contra la pared y se ha metido en el baño de al lado, sin reparar en su presencia. Y ese alguien ahora se entrega a su propio escándalo, uno bien dramático, con hipidos y palabras inconexas y una desolación que estremece el cuerpo de Esther, ya debilitado.

No reconoce la voz, pero sabe que no es de una adolescente como ella, que es una mujer adulta quien se está desmoronando en el baño de al lado. Y eso le da mucho vértigo, tanto, que se resigna a no acabar su proceso de vaciado matutino y decide salir aún con la náusea, volver a clase de Lengua con una

excusa y blindarse ante la mirada de compasión o de burla de algunos de sus compañeros. Corre silenciosamente el cerrojo, tiene práctica en pasar desapercibida. Pero hay que tirar de la cadena, lavarse esa mano sucia, refrescarse la cara y revisar si esta vez el esfuerzo por devolver ha dejado huellas en una cara que se niega a pasar una vez tras otra por el mismo asalto.

La de al lado le va a oír, así que mejor ser rápida. Estar fuera en menos tiempo del que la otra necesite para correr su propio cerrojo y exponerse. Se mira fugaz al espejo con la cara mojada, su piel libre de capilares rotos. Detrás de ella, tras la puerta cerrada, parece que ha amainado el llanto. No quiere estar ahí cuando la otra salga intentando disimular sus propias vergüenzas, se echa un poco de cacao, ensaya una sonrisa ridícula y se dispone a irse. Empieza a escuchar un forcejeo con la puerta.

Tras dos segundos de silencio, estalla un alarido que le descoloca.

—¡¡Putá mierda!! —grita con furor la mujer del baño, parece que no puede abrir la puerta, parece que no puede soportarlo. Descarga con fuerza sus puños contra la madera mientras Esther piensa qué hacer. La mujer pasa otra vez de la rabia a la desesperación y el grito se vuelve sollozo—. ¡¡Es una puta mierda todo...!! Una soberana puta mierda...

No sabe aún quién es, cuál de las profes o de las administrativas (o quizás la madre de algún alumno problemático) se ha quedado encerrada, pero siente que no debe dejarla ahí. Se mira al espejo como advirtiéndose a sí misma: Esther, no, no puedes desentenderte.

—Perdón. ¿Está bien? ¿Le pasa algo?

La mujer tarda un poco en responder, sorprendida por no estar sola. También contrariada.

—Lo que me faltaba —murmura.

—Ya me voy —Esther tiene buen oído y pocas ganas de involucrarse en más dramas de baño.

—No, perdón, llevo un mal día —contesta la otra. Esther reconoce una voz que si no le es cotidiana, tampoco le resulta

nueva. Qué corte, es una profe, piensa mientras la escucha respirar fuerte, y su respiración, solidaria, también se acelera—. Necesito salir de aquí

Entonces Esther recuerda.

—No va del todo bien ese cerrojo. Tiene que empujar con fuerza la puerta contra el marco y girar despacio.

Esther oye a la otra suavizar su respiración y se calma también ella. La escucha volver a afrontar la puerta, pero esta vez sin rabia estéril, sino con un detenimiento de ladrona experta. Duda si no será buen momento para desaparecer y que así ninguna tenga por qué llegar a conocer la identidad de la otra. Pero algo la retiene. Quizás ese momento de tener el control, de afectar la vida de otra persona. Quizás la curiosidad por una vulnerabilidad ajena. Algo de eso debe ser, piensa, mientras ante ella aparece la profesora de historia de tercero, que le sonrío en un gesto de avergonzado agradecimiento y avanza medio paso hacia ella. Esther no puede evitar dar el otro medio paso que aún las separa y siente el peso de la profesora reclinarse sobre su cuerpo mientras la abraza, para que no se caiga, para que no esté sola, que ya bastante solas estamos en el mundo.

44

Fer y los amigos

—¿Lo intento yo?

—Que no joder, quítate de en medio, macho.

Fer busca el momento justo en el que la situación ha perdido toda la gracia: podría decirse que ha sido cuando ha fallado al intentar meter la llave en la cerradura de la persiana metálica que cierra la pollería, o más bien cuando, mareado, ha girado la cabeza y se ha encontrado con la mirada de censura de la Carmen, observando la escena. Sí, ha sido ahí cuando ha pasado de la borrachera a la resaca, sin transición alguna. Y lo ha hecho solo, porque a su lado, Juan y Ángel siguen pedísimo.

—De verdad, es imposible que pueda abrir con vosotros encima, ¿por qué no os vais a dormirla? —les pide intentando que no le escuchen los tenderos alrededor, que no constaten en sus palabras lo que a simple vista es una evidencia, que el pollero y sus colegas vienen de empalmada.

El sonido de la persiana al subir es como un tajo que recorre ascendentemente su cabeza, cierra los ojos y en un esfuerzo descomunal busca su mejor sonrisa para saludar a Carmen, que no le quita el ojo de encima. Entra al puesto, dispone la mercancía, prepara los cuchillos, se pone el delantal, ignorando a sus amigos como si estuviesen en continentes dispares, realidades distintas donde ya no aplicasen los mismos códigos.

Una clienta se posiciona cómicamente en jarras frente a él.

—He pasado antes y no estabas, ¿qué pasa, que te has dormido, Fernandillo?

—Que me he despertado mareao —contesta Fer, observando de reojo cómo sus amigos se parten de risa, hasta que Juan se viene arriba y decide entrar en el puesto.

—Fer, tío, ¿tú te ves capaz de manejar estos cuchillos con el pedal que llevas? —le dice estridentemente al oído.

—Sal de aquí, tronco, que como se entere el Venancio... —replica Fer, intentando disimular.

—Venga que te ayudo, tú ponme el pollo y yo corto, que tengo mejor pulso.

Ángel, desde afuera, sigue con el vacile.

—¡No seas corta rollos y déjanos cortar un pollo!

Fer mira primero a su clienta suplicando comprensión, luego se dirige a sus amigos:

—Dejadme en paz, que tengo que currar, ¡iros de una vez!

Intenta relajarse y purgar la mala hostia ensayando una aceptable sonrisa, pero no le sale.

—¿Qué va a ser hoy?

—Hijo, déjalo, que no te veo muy despierto. Con lo serio que tú eras, Fernandillo, ¡qué pena!

La mujer se aleja mientras sus amigos se parten de risa. Fer se encara con Juan.

—Sal de aquí, imbécil.

—Venga Fer, no te me vas a enfadar.

—Tío, este es mi curro, es una cosa seria.

—Sería como tú, Fernandillo —se ríe Ángel desde afuera.

—¡¡Iros ya a la puta mierda!! —empuja fuera al amigo mientras sigue, desatado—: ¡¡Qué os vais a tomar en serio mi curro, si no habéis trabajado en vuestra vida!! Hala, a dormirla, que ya os darán vuestros papás la paga el domingo.

Los amigos, presos de una brutal sobriedad sobrevenida, se largan refunfuñando. Repara en que, desde los otros puestos, le miran entre escandalizados y admirados.

—Un kilo de pechuga, Fernando, por favor— le interrumpe Charo, su clienta habitual, con un golpe de apacible rutina.

—¿Ya cortadita? —acierta a contestar Fer.

—Sí, finitas como las cortas tú —Fer extiende la pechuga del pollo y se apresta a cortarla con un cuchillo alargado. Intenta focalizar pero le tiembla la mano de rabia, de sueño.

—Que estoy pensando que mejor déjamela entera, que ya la corto yo y la uso para un guisito.

46 —Gracias, Charo, y perdona, qué vergüenza —contesta aliviado.

—No te preocupes, que no le voy a decir nada al Venancio sobre tus mareos —le guiña un ojo—. Normal que te marees, hijo, mira que dejarte aquí solo todas las fiestas para irse a la playa el cabrón de tu jefe.

—Y encima vendrá bronceado el idiota —masculla cómplice Fer. Ambos ríen.

—¡Tres semanas lleva el chaval currando solo! —llega la voz de Carmen desde el puesto de enfrente—. Así yo también me daría a la bebida.

María y Esther

—Eres puro hueso —María sabe que el comentario no es oportuno pero no puede contenerlo, le impresionan los ángulos

que conforman el larguirucho cuerpo en el que se está apoyando. A Esther, Esther le ha dicho que se llama, no le hace gracia, ninguna. María lo sabe, no es ajena a la epidemia de hambre voluntaria que se extiende por las aulas. Mira a esas chicas y no las entiende, con tanto camino hecho por sus mayores, con familias más cómplices, sociedades menos vigilantes, esas chicas lo tendrían todo para cultivar lo mejor de sí y florecer. Y sin embargo, eligen sus propios cuerpos como enemigos, dejan de nutrir todo de lo que hay de alegre en ellas para entregarse a la escasez como disciplina. Pobres idiotas, se dice, mientras Esther le pregunta que qué quiere hacer.

—Irme a casa —acierta a decir María, tras percatarse de que ha estado unos minutos emancipada de su dolor, concentrada en esa chica que la ha acompañado a la salida del instituto, por los pasillos vacíos de miradas incómodas. Entonces recuerda que ha dejado a sus alumnos ahí solos ante la pizarra. Los imagina comentando lo de la profesora viuda. Dirán, ¿por qué no vuelve? Pensarán, ¿qué se supone que tenemos que hacer? Los imagina en su propia indeterminación y se pregunta si no debería volver al aula, ocuparse de ellos.

47

—Ya son mayorcitos —deja escapar en voz alta.

Esther no dice nada, piensa en su propio aula, donde falta desde hace ya un rato. Si alguien la habrá echado en falta, si el imbécil de Ricardo, el profe de Lengua, habrá hecho algún comentario hiriente. No se imagina volviendo, dando explicaciones de su alargada ausencia. Demasiado complejo, demasiada exposición. Empieza a caminar hacia el exterior del edificio, con María apoyada en su hombro.

—Puedo irme sola —le dice la profesora sin atreverse a mirarla, para que no vea que sola no quiere irse—. Además, vas sin abrigo.

—Usted también —le dice la adolescente sin pararse.

María sigue apoyada en ella y no sabe por qué. Si no le pasa nada. Solo que ha perdido a su marido, su pareja desde la adolescencia, el compañero con el que iba a envejecer. Por qué no puede sostenerse y explicar a 40 alumnos los locos

años 20, piensa. Si ella está bien, solo que una noche Pedro no volvió y no volverá nunca. No sabe por qué le cuesta tanto respirar, si solo ha perdido un hombre, y qué es un hombre en el mundo donde hay tantos hombres. No sabe por qué arrastra ese luto infame, esa niebla negra proyectada sobre el futuro que él no vivirá, los nietos que no conocerá, las décadas que ella deberá transitar sola. Nunca vivió sola, siempre tuvo al alcance un abrazo o una palabra de sosiego. Se deja caer sobre el hombro huesudo de la adolescente. Desabrigadas, impreparadas ante el enero de un nuevo milenio, avanzan lentamente. María no quiere cruzarse con nadie conocido, no en vano ha pasado dos semanas casi sin salir de casa. Aún no está preparada para su nueva identidad. La profe viuda, mírala por la calle, expuesta así al aire gélido, como si le hubiese sobrevenido una catástrofe. Y entonces se percata de algo que le contraría aún más.

—No llevo las llaves.

—¿Qué?

—Las llaves de casa, las he dejado en el instituto.

48 —Vaya —la adolescente cae en que le ha pasado lo mismo. No pasa nada, su abuela estará en casa—. ¿Qué quiere hacer? —vuelve a preguntarle. Y esto le gusta a María, que se da cuenta de que últimamente la consuelan, le repiten frases más o menos empáticas, pero pocas veces le preguntan qué quiere hacer.

—No quiero retroceder.

—Entonces, véngase a mi casa. Está mi abuela.

—No quiero molestar a tu abuela.

A Esther le entra mucho frío. Muchas ganas de no estar sola ante lo que sea que le pase a esa profesora. Ganas de refugiarse en casa, meterse en el baño, concluir el proceso interrumpido por el drama de la otra. Incluso de llamar al colegio y aclarar que se tuvo que ir porque se encontraba mal. Ganas de cerrar ese extraño primer día de clase del siglo XXI.

—A mi abuela nunca le molesta nada. Es lo más.

Marina y Pedro

Cada paso es una conquista, se dice. Salir por fin del ascensor es una gesta heroica; subir las escaleras hacia el exterior, un acto de valor. Avanzar entre los árboles pelados de enero; enfrentar la llegada a la facultad, donde le acecha una batería de silencios incómodos, es un reto. Se corrige: esto no tiene nada de épico, es solo un mal trago inevitable. No le queda otra, camina por los pasillos de la facultad, entre chicas frioleras que retoman con pereza el curso y grupos de estudiantes que se reencuentran entre abrazos y bromas. Al acercarse al aula ve a Marta, que se va urgente hacia ella y la intercepta con un abrazo al que no quiere acabar de entregarse, para no diluirse ahí, antes siquiera de entrar en clase.

—¿Cómo estás? —le pregunta su amiga tras soltarla.

—Mejor, no sé —le aterroriza la posibilidad de un traicionero aluvión de llanto. Pero es Marta la que parece no poder contenerse, una lágrima solitaria amenaza con iniciar el tsunami.

—Perdón —dice Marta, con pesar sincero. Qué difícil es, joder, encontrar el lugar de cada cual en un duelo. Marina la compadece, ahora es ella quien la abraza.

Alrededor de ellas, los compañeros ensayan prematuros pésames, palabras de un lenguaje aún por practicar. Pero llega el profesor de Análisis literario y atraviesa inconsciente el umbral de pesar que precede al aula. Los demás le siguen, posponiendo lo lo siento mucho Marina, cómo estás, no sé qué decir, Marina. Y alargando el momento de observarla a escondidas intentando tomar apuntes, de imaginar la muerte de sus propios padres, de imaginar sus vidas sin padre y pensar, qué puta mala suerte, así de pronto. Qué dolor, pobre Marina.

En casa era todo distinto, se dice Marina. No había cosas que hacer: una podía dedicarse a explorar esa orfandad recién adquirida, enfrentarse a las alegres fotos familiares, donde él siempre aparecía sonriente, y llorar con desenfreno. Pedro era el típico personaje jovial en cualquier circunstancia.

Jovial hasta lo irritante, sonriente incluso cuando no procedía. Hasta el punto que ella, que de niña había orbitado en torno a ese sol siempre encendido, inició la adolescencia renegando de la sonrisa paterna, tan insensible a las tristezas ajenas, tan analfabeta en desgarros. Mucho más humanos y ciertos le empezaron a parecer los malhumores de su madre, las quejas matutinas contra la lentitud de ellos. Las diatribas contra el gobierno idiota, contra ¡una sociedad entera embrutecida por el exceso de chorradas!, maldecía María Salvatierra una vez al mes.

Pasada la adolescencia, la cosa se equilibró: quizás hacerse adulta significa entender que en la vida hay sitio para todo, para la sonrisa limpia de su padre y el enfado lleno de realidad de su madre. Lo que pagaría ella por poder permitirse, ahora, esa alegría sin mancha, casi bobalicona de Pedro. Vuelve a irritarse con él por matarse en Navidades, sin preocuparse de la carga simbólica de las fiestas. Tan poco atento a los dolores ajenos. Su madre nunca hubiese hecho eso.

50

—¡Hubieses cogido un taxi, hubieses bebido menos, hubieses estado más atenta! ¡Tú nunca te hubieses saltado ese semáforo! —le gritaba en Nochevieja, llena de furia, en aquel festejo robado, mientras su hermano las observaba incómodo.

—Teníamos que haber ido donde los abuelos, basta ya de revolcarnos en esta mierda —se atrevió a afirmar Manuel, digno heredero de las sonrisas impermeables paternas, partidario del padelantismo por encima de los vivos y los muertos.

María había abierto entonces el mueble bar. Sacó un buen vino y volvió a mirar a la hija rabiosa y al hijo hastiado, al hijo superado y a la hija hundida, y vio en ellos todos sus sentimientos, acumulados y mezclados. Cogió una copa para cada uno, sin preocuparse de darles un agua, de que algo tendrán que comer estos chicos, no vayan ahora a emborracharse. Sin ocuparse de nada más que de lo que pasaba en ese salón doliente, este templo súbito del duelo. Manuel fue a por un sacacorchos y unas patatas fritas. Marina se hizo cargo de sus propias lágrimas y se sentó en una silla alegremente tapizada,

al lado del lugar de su padre. Estaba por empezar un nuevo milenio y así los encontraba, saliendo del siglo XX magullados. Recuerda aquella noche inolvidable, esas dos botellas de vino que se tomaron los tres riendo y llorando, mirando fotos y recordando anécdotas, como en esas películas de final entrañable que tanto le gustaban a Pedro. Miró a su madre y a su hermano y los quiso con un amor de supervivientes, también con el amor que reservaba a su padre, como si en ese momento se operara una redistribución del afecto familiar entre los vivos.

—¿Habéis entendido? —dice el profesor. Marina oye en torno a sí a los demás asentir perezosos. Se sonrío, algo ha entendido, piensa, pero no de lo que acaba de explicar el docente, a 10 metros de ella, en otro mundo. Parece que se acaba la clase, que no habrá forma de posponer el momento en el que se acerque la procesión de dolientes: les contestará uno a uno, con una expresión distante, que está jodida pero bien, que poco a poco, que es mala suerte, que hay que aceptarlo, que muchas gracias a todas y a todos. Pero antes de eso, vislumbra los fuegos artificiales en el cielo frío de esa nochevieja, y por fin los tres, con sus copas de la paz en las manos, mirando por la ventana en silencio.

51

Charo y María

Justo cuando están frente a la puerta, en el rellano, María se siente incómoda.

—Esther, esto es un poco raro. Tu abuela lo va a flipar.

A Esther lo que le flipa es que la maltrecha profesora le venga ahora con ese vocabulario. Se ríe. Tiene una risa preciosa, tímida pero amplia, mucho, para venir de ese cuerpo achicado. La puerta está entreabierta. Ya antes de que la atravesen se oye una voz salir del salón.

—A ver, Esther, ¿qué haces tú a esta hora que no estás en clase?

Detrás de la nieta pasa la profesora. Charo la mira desde el sofá intentando ubicarla. María no necesita mirarla mucho para saber quién es. La Charo. Joder. No hay escapatoria. Cómo no va a saber la Charo. Y sí, a la abuela de Esther le costará ubicarla lejos del instituto y los alumnos, con esas ojeras inéditas. Pero una vez la reconoce le cambia la cara, se le humedecen los ojos y María quiere irse de allí. Lástima que no tenga ni fuerzas ni llaves.

—Lo siento mucho, hija —se levanta Charo ágil, despejando un sillón para que se siente la profesora. María se deja caer, sentada contempla a Esther, quien intenta entender de qué está hablando la mujer.

—¿Quieres una sopita caliente? Hace un frío...

—Abuela, no son ni las 9 de la mañana.

—Tengo un consomé que le quita las penas a cualquiera.

A María le da la risa. ¿Es todo eso cómico? No sabe. Qué está haciendo ahí. Qué le ha pasado. Cómo ha acabado escapeándose de clase, llorando como en una mala peli en el baño de alumnas, dejándose llevar como una inválida por esa mocosa anoréxica. ¿Cómo demonios ha acabado sin llave y sin abrigo, en el salón de la Charo teniendo que decidir si acepta un caldo? Se ríe de nuevo. La adolescente también, es sabido que a los adolescentes les cuesta poco sumarse a los ataques de risa arbitrarios. A Charo también le da la risa. Por qué no reírse, todo es válido.

—Ea, ya verás qué rico —decide la abuela, mientras se dirige a la cocina.

Esther se queda ahí quieta. María cree que ha llegado el momento de contarle su tragedia. Se lo ha ganado, no es justo que ella que ha perdido clase, que ha sido forzada a irrumpir en la casa arriesgándose quizás a una bronca, sea la única que no esté enterada del por qué.

—Mi marido murió en las vacaciones.

—Vaya

—Pensé que era una buena idea trabajar hoy, pero no lo ha sido.

—Ya

—Sé que a los adolescentes os cuesta mucho esto de hablar sobre la muerte, pero no tienes que decir nada. De verdad.

Esther se queda callada un momento, toma aire.

—Me gustaría poder decir algo que sirviese.

—Y justamente, creo que lo que os pasa, es que entendéis bien que nada sirve.

Esther se encoge de hombros, entiende que el comentario de la profesora le exime de tener que pronunciarse. María apoya la cabeza contra la superficie mullida del sillón, se sorprende a sí misma apreciando las cualidades del reposacabezas, mientras desde la cocina una nube amable promete sosiego.

Charo entra de nuevo en el salón llevando una cacerola humeante.

—¿Tú, Esther, no quieres?

La nieta le obsequia con una mirada de profundo desagrado. María se separa un momento de sí misma para mirar los ojos de la abuela, su expresión impotente tras el vapor: Charo sabe. Seguramente Charo lo sepa todo, piensa mientras la abuela le sirve su pócima mágica.

Manuel y el duelo

Su chica ha dejado la cama caliente y un olor a sexo que aún le excita. Afuera el invierno se adueña de todo y la verdad es que sigue temiendo el frío, que no quiere salir de esa cama, o al menos de esa habitación, o de esa casa. Le gustaría que ella volviese pronto a hacer lo que sabe tan bien hacer, perderse en su cuerpo cálido.

El pesado de su compañero de piso llama de nuevo a la puerta, Manuel sabe que tiene buena intención, pero como vuelva a ofrecerle pasta de nuevo, o café de nuevo, o lo que sea de nuevo le va a tener que decir que joder, que ya pare. Que agradece mucho la preocupación pero que pare. Sin salir de la cama le pide que pase, tras asegurarse de que no hay

ningún condón rebosante a la vista, nada que delate cuál viene siendo su actividad primordial estos últimos días, como si el otro no lo imaginara.

—Stai bene? Non vuoi mangiare nulla? —le pregunta.

Y la verdad es que siente hambre, que su novia no volverá hasta mañana, que hay algo en su compañero que finalmente le enternece, esa perseverancia de abuela. Cambia de idea.

—Massì dai, un po' di pasta la mangio.

—Bene!

Pocos minutos después se sientan frente a frente, en la mesa pequeña de esa cocina enana, único espacio común de la casa que comparten. Tan cerca que Manuel teme que el otro pueda oler su sudor, el rastro de todas las veces que ha penetrado a la novia como si entrar en ella fuera salir finalmente de sí mismo para refugiarse en un lugar mejor.

Se miran torpes. El compañero de piso se atreve por fin a preguntar por qué no le dijo antes. Por qué esperó un día entero, tras deshacer maletas y dormir con la ragazza, después de bajar a hacer la compra y limpiar la nevera que olía a muerto mientras le echaba la bronca por seguir siendo tan cerdo, en un italiano estropeado después de dos semanas en su casa. Por qué tuvo que hacer todo eso hasta quedarse en silencio frente a él, en la mini cocina, ambos de pie, reorganizando los turnos de limpieza, cerveza en mano, para soltarle a bocajarro: «Mio padre è morto a Natale». El otro solo alcanzó a decirle «Porca puttana» antes de que Manuel asintiera y se recluyese en el cuarto, dejándole sin saber qué hacer, más allá de mantener la casa limpia y cocinar pasta para dos todos los días por si acaso. Más allá de no quejarse por los gemidos a todas horas, de intentar no importarle cuando salía de su encierro para mear o mordisquear algo de comida como un ratón.

—Mi dispiace —le dice Manuel, dando buena cuenta de la pasta. Siente no vivir el duelo de una manera más digna, siente que se haya muerto su padre, siente que su compañero de piso se haya sentido idiota todos esos días, siente que ya es hora de tirar para adelante. Y se siente también un

poco mal hijo, un huérfano deficitario. Mira al compañero que va comiendo, despacio, su plato. Y le pregunta si él se hubiese quedado más tiempo en casa. Se lo pregunta sin darle más contexto, pero también con la urgencia de quien lleva días dándole vueltas a algo. El joven se levanta despacio, va a la nevera y saca una cerveza. Está pensando. Lo mira al final y hace ese gesto que a Manuel siempre le pareció tan gracioso, lo de juntar los dedos y pasarlos bajo la barbilla subrayando ignorancia.

—Che cazzo ne so —dice cercano. Quién puede dar lecciones de cómo afrontar la muerte.

Fer y Carmen

Esto no está bien y él lo sabe, aunque haya aguantado tantos días como un jabato, esa palabra que tanto dice Carmen y le honra, y un poco también le pone. Un jabato cortando pollos, mañana tras mañana, tarde tras tarde. Y noche tras noche, el exceso y las tonterías con la panda de ligeros postadolescentes que son sus amigos, sin más responsabilidades que fingir sobriedad en las comidas familiares.

«Si es que viene hasta con fiebre, es una vergüenza», le ha dicho la Carmen al marido ese medio ausente que tiene, ese medio hombre. Con lo que es la Carmen, se dice con media sonrisa mientras acaba de limpiar los cuchillos. La recuerda acercándose, considerada, a su puesto: «Hijo, ¿quieres una cocacola?, hay que hablar con el Venancio, esto no está nada bien, es un caradura». Él no quiere líos ni con su jefe, ni con el marido que parece mirar a la Carmen con solo un ojo, el ojo que podría devenir celoso o al menos mosqueado. No quiere líos con sus amigos a los que insultó por la mañana, ni con las clientas que le señalan su progresiva pérdida de seriedad, Fernandillo, solo quiere alejarse del aliento a alcohol y el olor a pollo, y el calentón inapropiado que le provocan las atenciones de la Carmen.

Baja la persiana con más determinación de la que tenía cuando la abrió por la mañana y sale a la calle. La gente está yendo a comer. En el barrio, la bruma triste de enero, una niebla mesetaria con más frío que agua. Y de repente, eso que a veces le pasa y le acojona, la sensación de no tener ganas de volver al mercado o a la casa, pero tampoco querer ir a ningún otro lugar. El terror de no tener ningún sitio al que ir. Su madre le habrá cocinado algo, con su amor rutinario. Comida, siesta y vuelta a empezar en la pollería, es pensarlo y el cuerpo protesta, la idea se le hace bola en la garganta, le pinza la baja espalda, le estalla en la cabeza, su organismo todo se declara en guerra contra el mandato del trabajo.

Tres semanas casi seguidas sin parar de currar, dice el Fer indignado. Aguanta un poco más, Venancio vuelve pronto y te dará un par de días, dice el Fer responsable. La ciudad dice frío, y el nuevo milenio dice que no tiene nada mejor que ofrecerle. Se pone los cascos y se sorprende tomando el camino contrario a casa. Sabe que no puede huir, pero sí cuenta con poder evadirse un rato, o quizás toda la tarde u ojalá un año entero. Tal vez todo sea ponerse, dar un paso tras otro, la música a todo volumen silenciando lo de afuera y lo de adentro.

Marina y el duelo

Ha encontrado el mejor lugar para esconderse. Se abrocha el abrigo, lleva horas en el cine. La primera peli le ha servido para distraerla del frío, pero el efecto se ha disipado y hasta los guantes ha acabado por ponerse. En todo caso ha sido buena idea venir aquí. Al principio se ha sentido mal por haberse escabullido. Si total, ya había pasado la peor parte. Ya media clase le había dicho que sentía lo de su padre, se le había acercado incluso algún profesor. Ya tenía atravesado el umbral del antes al ahora. De la vida pre-accidente a esta nueva existencia agujereada. Ya estaba. Marta había ayudado, todo el día

cerca, compartiendo silencios, incluso alguna risa clandestina. De ahí la culpa por decirle que se iba para casa, cuando no era allí dónde iba. El último lugar al que quería ir era su casa.

Ha llegado a la primera sesión, la barata. En principio solo quería ver una película que le sacase brutalmente de todo. Y hasta del frío le ha sacado. Ella que es tan miedosa, ha visto prácticamente sola en la sala una peli de terror. Ya sabía de qué iba: el falso documental. Los bosques gélidos. Las leyendas. Las aventuras que se tuercen. La muerte rondando por donde no debería rondar. Una hora y media casi libre del runrún fúnebre que le ha acompañado las últimas semanas. Parecen muy de verdad esos chicos yanquis que hablan con la exageración de los yanquis hasta que empiezan a sentir un acojone universal. Mientras miraba tensa la pantalla, esperando que aparezcan los niños muertos o la bruja, se ha preguntado si no es más terrorífica esa capacidad de la muerte de aparecer limpia y real, cosa de unos minutos, en mitad de una tarde cualquiera, sin terroríficos gritos. Un semáforo en rojo, su padre que no frena, otro coche que avanza demasiado rápido para reaccionar y le da de lleno. Y a tomar por culo todo. Al otro lado de la ciudad una mujer recibe una llamada de teléfono. Responde sin alarma. Escucha desconcertada la profesional voz de alguien acostumbrado a dar las peores noticias, la voz que sella la tragedia. En la película, cae la cámara. Fuera de plano, mueren todos y se acabó. Toma aire y mira a su alrededor. Un puñado de espectadores aún contemplan la pantalla con cara de susto. No se siente preparada para irse muy lejos. Va al baño, ve que en la sala de al lado ponen lo que ya se define como una peli de culto. Y se dice, por qué no, aunque sabe que la opción es un tanto masoca. Vuelve a la taquilla y compra otra entrada. Esta ya no es tan barata. Se mete en la sala, sigue a salvo.

La protagonista tiene cara de sufrida. En cinco minutos ya todo son dramas. Un padre ausente, un accidente de coche, un hijo muerto. Qué buena elección, se dice hipando entre las lágrimas. En un momento dado, después de que

comparezcan monjas con VIH, travestis machistas, heroinómanas celosas y todo un elenco de personajes torturados, siente que la desgracia que la tiene rota es muy poco glamurosa. Se cabrea, le viene bien cabrearse, cabrearse hacia afuera, se entiende, con la gente que necesita tanta parafernalia para contar las cosas, con esa imagen del dolor embellecido de las estrellas de cine, miseria humana candidata al Oscar, cuando bien sabe que estar jodido no tiene nada de romántico, que las madres rotas no tienen nada de hermoso, cuando bien sabe que la muerte es una puta mierda sin solución y el dolor nada enseña, y todo era mejor hace unas semanas y no sabe cuándo las cosas volverán a ser mejores. Se hace una bola en la butaca, las piernas abrazadas. Lloro hasta que siente húmeda la piel bajo los vaqueros. Entonces la película se acaba. Un par de espectadores han reparado en ella y la miran con curiosidad. Les devuelve la mirada sin pudor, se levanta, y regresa a la taquilla. Necesita más de esa mierda.

Sus ojos deben de estar más rojos de la media. La taquillera la estudia sin discreción.

58

—A esta te invito yo —le dice. Marina intenta sonreírle y casi le sale un puchero, toma la entrada para la tercera película de la tarde. Ya la noche, se corrige.

La última película es fascinante. Creo que voy a disfrutarla por lo que es y no por para qué me sirve, considera Marina, mientras Tom Cruise le interpela desde la pantalla. Y empieza a desfilarse más gente sufriente: padres moribundos, mujeres traumadas, niños maltratados, hombres adictos. A todo el mundo parecen pasarle muchas cosas en el cine.

A ella en realidad, hasta esas navidades, no le había pasado nada. Menuda existencia insulsa. Hasta para perder al padre fue sosaina. Aquella tarde llegó a casa un poco pedo, aún riéndose de las chorradas de Marta. Cuando abrió la puerta y entró, se encontró a María sentada en el sofá. Iba a saludarla casi sin mirarla, pero ella la estaba mirando. Quiso hablarle y no pudo. Manuel salió con el abrigo puesto del pasillo, se quedó de pie entre su madre y ella. Nos tenemos que ir, dijo.

En aquel momento tuvo más inteligencia emocional de la que ha tenido nunca, porque solo dijo, nos tenemos que ir, Marina. Fue María, cuando por fin consiguió hablar, la que hizo lo que le correspondía solo a ella.

—Papá ha tenido un accidente

En la película suena una canción hermosa. La trama se detiene y la secuencia visita a los personajes. Cada uno entona una parte de la canción mientras mira adelante triste, universalmente triste. Y Marina se imagina ahí cantando su estrofa, en un luto más cinematográfico. Ya se siente mejor, o al menos preparada para volver a casa una vez termine la película. Tras semejante sesión continua de lágrimas, espera que poco más le quede por llorar.

1- 2040

Mara y el futuro

Hay a quienes les da vergüenza acudir a una farmacia para buscar un test de embarazo. Es una forma de señalarse, de mostrar ante alguien extraño una infracción a un consenso al que ha costado mucho llegar, quizás el único consenso más o menos firme, tras todos los conflictos violentos, ideológicos, morales que han colonizado su existencia. Y si a alguien debe avergonzar pedir en un susurro una de esas pruebas que ya pocas farmacias venden, es a ella.

Ha esperado pues, concentrada —y un poco mareada, odia decirse— a que le bajara la regla, no lo ha hablado con ninguno de los compañeros. Se ha sentido más sola que nunca, atravesando los días en una incertidumbre íntima, que hace tiempo amenaza con dejar de ser privada. Ya no hay autoengaño que pueda ocultar lo que le está pasando en el cuerpo, ni pantalones que pueda ponerse sin desabrochar el botón de arriba. Por eso está en la clínica.

—Estás de 14 semanas, ¿de verdad no te habías dado cuenta? —le interroga la doctora, áspera. Sabe que la ha reconocido como a una de las naves. Tumbada en la camilla, con la camiseta subida, se siente abandonada en un altar o en un estrado, dispuesta ahí para que le juzgue un dios cabezota, o un juez inclemente, mientras la médica le pasa ese aparato metálico y frío por la panza.

—Está bien, bien formado, lo tiene todo —Mara cierra los ojos, un par de lágrimas resbalan hacia los lados para acabar muriendo en la superficie metálica de la camilla.

Se sienta para que no se le caigan más lágrimas de esa forma derrotada.

—No pareces muy contenta —le reprocha la doctora.

—No sé qué hacer —contesta ella. El año ha empezado frío, y algo gélido le crece por dentro mientras observa a la médica buscando un indicio sobre cómo seguir, dónde está el calor.

—Yo ya te he dicho cómo están las cosas, no es asunto mío decidir qué hacer —le dice sin conmoverse—. Lo has dejado llegar hasta aquí. Tú sabrás por qué.

En la mirada de la otra se condensa el rencor, será porque ha asumido que abortará, o quizás porque piensa que lo tendrá y por ello es una hipócrita.

—Es más fácil decirle a la gente lo que tiene que hacer que aplicárselo a una misma cuando toca. Yo no sé qué os creísteis, pero lo peor es que tanta gente os hiciera caso. Quizás lo que necesitaban era eso, giros radicales y un poco de dogmatismo. Discúlpame que te diga, no sé si lo que planteabais era necesario, pero sí sé que estaba desconectado de la vida.

—Nosotros no le dijimos a nadie lo que tenía que hacer.

—Habéis puesto las bases, lo teníais todo clarísimo. ¿Cómo sustraerse a eso? En pocos años convertisteis el tener hijos en una irresponsabilidad contrarrevolucionaria. Hasta ahí me gustaba lo que estaba pasando, os admiraba. A partir de ese momento me perdisteis.

—Nosotros nunca le dijimos a la gente lo que tenía que hacer —insiste Mara—, era una conclusión a la que podía llegar cualquiera; había que decrecer, y esto demandaba un compromiso colectivo.

—Un compromiso colectivo que te has saltado —replica la doctora mirándola a los ojos.

Mara se pregunta si puede tomarse unos segundos ahí, sentada sobre la impiadosa superficie metálica. En realidad

no es el enfado de la doctora —ahora silenciosa— lo que le atormenta. La duda es la que le desgarrar. Lleva media vida preservada de las contradicciones: en las naves lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace, es una misma cosa. En eso radica su fuerza política, se repite, ahí no cabe ese dilema que se le ha colado en el útero, que late ajeno a lo que la mera potencialidad de su existencia supone. Intenta no tomarle cariño a esa contradicción, no ponerle un nombre, imaginarle un futuro, verse acunándola.

—Lo coherente, lo razonable sería abortar —dice Mara.

—Estás embarazada, si sigues adelante, despídete unos años de lo razonable y lo coherente —replica la doctora. Y de su cara seria se escapa la sonrisa de quien ríe el último.

Sale apresurada de la consulta, pero la prisa se le cae al suelo apenas atraviesa la puerta. Ahora solo quiere posponerlo todo. Asumir, decidir, comunicar, son verbos imposibles, mandatos pesados que no le permiten avanzar. Mientras arrastra la bici hacia la Nave Cero rememora cómo eran los debates cuando era adolescente, la más entregada, la más radical. Ahora ya sabe que el dogma a veces es un refugio y a veces es una cárcel. Se debilita, el dogma, dejándola expuesta y libre. Preferiría que alguien le grite, que le fuerce hacia una elección u otra. Hasta hace nada era muy joven y tenía las cosas muy claras, ahora tiene una gran duda creciéndole en el vientre, palpitando con la sangre que su propio corazón bombea.

Marina y Fer

—Así que es verdad —a su espalda, una voz familiar turba a Marina. Pero tarda en girarse, está mirando hacia dentro del mercado. Necesita ver a Gladys, hoy les toca hacer reparto, pero no hay forma de encontrar gasolina. Le absorbe la preocupación, qué pasará si el combustible no llega, qué nueva readaptación deberán hacer, ellas que de tanto adaptarse y readaptarse tienen los huesos moldeables, las horas de sueño y el

apetito acoplables a cualquier tesitura. No sabe si Gladys podrá esquivar el desaliento ante la enésima reconfiguración de estos tiempos que tanto lucharon por que trajeran sosiego y certezas.

—Café Abismo, ni más ni menos, ya te vale —el nombre figura sobre la puerta principal del mercado con unas letras orgullosamente enormes.

Ahora Marina sí que se da la vuelta: no hay preocupación que se resista a esta irrupción del pasado.

—¿Fer? ¿Has vuelto?

—No sé si llamar a esto volver, es tan distinto todo que no creo haber estado nunca aquí.

—Qué exagerado.

A su alrededor, varios grupos de personas salen del mercado con cajas de comida, las apilan a un lado mientras esperan un transporte que tenga gasolina, suele haber aún de quien tirar y las pequeñas catástrofes se van sorteando gracias a la tupida red que tejieron.

Los dos amigos se toman unos segundos para evaluarlo todo en silencio: ella para valorar qué tan necesaria es su presencia ahí, si puede irse media hora. Él para ir asumiendo la metamorfosis de lo que tanto tiempo fue su lugar de vida, aquello por lo que luchó, quizás no con demasiado convencimiento. Perdieron el lugar, pero se ganó una vida entera. Luego vinieron otras a recuperar el mercado y convertirlo en un espacio distinto. Asiente abstraído cuando Marina le pregunta si tiene tiempo para tomar un café.

—¿Quieres entrar antes al mercado? —le dice al ver su cara de concentración.

—¿Puedo?

—Por dios, Fer.

Pasan adentro, avanzan entre las nuevas ocupantes del lugar, muchas de ellas mayores, muchas de ellas mujeres, como aquellas que constituían la parte principal de su clientela. Aturde ver en ese preciso espacio, que fue rutina, plaza y barricada, tanta gente así, riendo y apilando cajas. Fer siente que se está convirtiendo en un viejo de aquellos a los que les

salta la lágrima con facilidad y está a punto de entregarse a ello cuando Marina le toca la espalda.

—Las cosas que podría contar este sitio —sintoniza con él.

—No sé qué decir.

—Me alegra que estés de vuelta, tienes que contarme cómo te fue. Hemos estado tan enfrascadas en lo que pasaba aquí que desconecté un poco del resto del mundo. Confiaba, yo qué sé, en estar viviendo gestas paralelas.

Fer mira de nuevo a su alrededor, y sí, quiere hablar, quiere hablar de todo durante horas, quiere hablar y hablar hasta que todo cobre sentido.

Las puertas del bar de Ángel no las ha atravesado el tiempo, erigido en la Suiza del barrio, nadie sabe muy bien qué piensa el dueño de todo lo que acontece fuera de su territorio. Se limita a dar de comer y beber a quienes quieran hacer una pausa en medio de la agitación, transacción económica mediante, ahora, antes, siempre. Solo un par de cosas han cambiado, la televisión se fue y también desaparecieron las máquinas tragaperras.

—Has visto quién ha vuelto —le pregunta a Ángel pícaro Marina.

—¿Que si lo he visto? No lleva dos días aquí el amigo, y ya ha pasado más tiempo aquí que tú en los últimos 10 años. Menos hacer la revolución y más sentarse a disfrutar de lo conseguido —enuncia Suiza, abandonando tímidamente su neutralidad.

—Llevas diciendo lo mismo quince años, pero sí, ojalá nos pudiéramos sentar más.

—¿No era ese el objetivo de la revuelta? ¿El derecho a la calma? Llevan 20 años sin parar para ganarse el derecho a estar quietas, ¿tú lo entiendes, Fer?

—Sabes qué, te voy a hacer caso y me voy a sentar —contesta Marina, repentinamente triste. Se va hacia la mesa que le gusta, tras la cristalera. Desde ahí se puede ver a la gente caminar por la avenida y a aquellos sentados en los bancos bebiéndose el sol de invierno. Mucha más gente de la que se

sentaba antes, a pesar del frío. Quizás ellas no hayan conseguido parar, pero han logrado ese derecho para tantos otros.

—¿Qué vais a tomar?

—Un té —contesta Marina.

—Un ron —pide Fer antes de sentarse frente a su amiga. Marina espera a que se acomode antes de preguntarle.

—¿Ron?, ¿de verdad?

Fer asiente.

—Solo un poquito.

—Ángel, ¿me pones otro a mí? Olvídate del té —y luego vuelve la mirada hacia Fer—. Pero esta vez, por favor, no rompamos nada.

—Fer ha vuelto con costumbres caribeñas —le hace un guiño Ángel mientras sirve.

—Menos mal que conservo el paladar local y me vale cualquier brebaje —bromea Fer mientras el barista se retira fingiéndose ofendido.

—Me tienes que contar muchas cosas —dice Marina. Brindan y mientras da el primer sorbo siente una revelación, este ron con Fer la encuentra en un lugar donde lo que le atraviesa no son las ganas de romper, sino el miedo de que todo lo construido se rompa.

—Vale, pero primero cuéntame tú una cosa. ¿Café Abismo?, ¿cómo se te ocurrió? —interrumpe Fer sus pensamientos.

—No me vas a creer, no fui yo.

—Venga ya.

—No, de verdad —ríe evocadora—. Fueron Gladys y las compañeras. Decían: somos las que nos tomamos un café mientras miramos de frente al abismo. Y Mara, poco después de que os fueseis, cuando nos hicimos con el mercado, escribió eso en un cartel. «Café Abismo», a todas les encantó, lo pegamos en la puerta.

—Muy bonito, pero ante el abismo yo soy más de tomarme un ron —Fer se siente un poco avergonzado por buscar complicidad con frases idiotas. Pero una sonrisa de Marina lo absuelve. Brindan, el corazón caliente, los recuerdos

agitándose en la cabeza, excitados por el contacto con el otro, por la perspectiva histórica que su sola presencia les trae.

Mara y la nave

Lo personal es político, y lo llevaron hasta el final en su revolución feminista. La revolución también era ecologista, así que pasó los cuidados por el tamiz del decrecimiento. Y la revolución, que ondeaba la bandera de la coherencia política —y en ella las naves base eran la necesaria vanguardia, inspiraban en la práctica la vida que se necesitaba para todas— decidió que había que cuidar lo existente, y una forma incontestable de hacerlo era decrecer como especie. Se trataba de un sacrificio duro, pero también de una declaración de amor al planeta, desligarse de la naturaleza, por una vez, para hacer el bien, para preservarla.

Todo esto evoca Mara con una mano sobre el vientre, ya no hace falta disimular, quienes no sabían están por saber. Y aunque lo personal sea político, cómo duele ahora que algo tan íntimo se convierta en objeto de debate en una asamblea de 40 personas. A dos metros, Víctor la mira con ternura, una ternura a la que se aferra como a un campo de fuerza, tras el que espera poder escudarse cuando, una vez expuesto el primer punto del orden del día, los demás hablen.

—Desde el cariño y el respeto, Mara, no me parece justo.

Ya está, siente alivio cuando se desata lo que lleva demasiado tiempo anticipando. Un murmullo sigue a la intervención de la compañera. Mara puede distinguir en él la indignación de unas, la petición de calma de otros, el enfado desnudo. Mira de nuevo a Víctor, ya no la está mirando, y siente que acaba de descubrir la soledad en toda su dureza.

Ella no quiere defenderse, es consciente de que los demás tienen razón. Los estudia uno a uno, una a una: quienes creyeron con más fervor hacer lo justo, quienes tuvieron dudas, quienes quizás alguna vez, en conversaciones fuera

de la nave, se replantearon cosas que no pudieron ya cambiar. ¿Qué estarán pensando? ¿Qué estará pensando Víctor después de esas charlas abstractas que tuvieron sobre la necesidad de aferrarse fuerte a algo, a un argumentario, a un horizonte compartido. Víctor, que buscaba en medio del frío dogmático la fórmula para que ese espacio colectivo y autosuficiente deviniera un hogar.

El hogar son tus amigas, tus compañeras, las convicciones que compartes, le había dicho a su madre la última vez que la vio, cuando fue a buscar algunas mantas a su casa. Marina no lo puso en duda, asintió agotada por un día más cuidando el presente y el legado, demasiada carga para los mismos hombros. Solo cuando Mara salía ya por la puerta, con las mantas apretujadas en la mochila le dijo: «Pero no tienes que elegir, puedes tener dos hogares, y tú sabes que este siempre será el tuyo». «A veces sí hay que elegir», respondió Mara enigmática antes de irse. Se había sentido expuesta. Quizás por eso no había vuelto a aquella casa. Sabía que a su madre no se lo podía ocultar, y así la relegó en la lista de personas que debían saber aquello que le estaba pasando, concretamente detrás de las 40 personas que ahora la observaban.

—Algo querrás decir —apunta alguien, no sabe interpretar si lo hace para posibilitar su defensa o no es más que un simple reproche. Se le han vuelto ajenos. Impávidos como una foto fija.

—Vosotros tenéis razón, pido disculpas —se limita a contestar.

No saben cómo seguir a partir de ahí. Los consensos eran sólidos, no había sido necesario imaginar mapas o consecuencias para una situación que no se daba desde que asumieron colectivamente el compromiso con la autocontención. ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Una década? Esa mirada de amor hacia lo existente se extendió por todas partes, más allá de lo que habían soñado. No es que no nacieran niños, pero había devenido extraño, y entre ellos y ellas, las gentes de las naves, predicadores de la revolución, se había vuelto impensable.

Una chica se aclara la voz. Desea ser suave, pero hay una violencia latente en su pregunta.

— ¿Qué vas a hacer?

Esta vez no les mira, la cabeza gacha, el cuerpo rendido, la mente dispersa.

—Irme —lo dice solo en un susurro, que una milagrosa acústica del vacío hace resonar en todos los oídos. Entonces se levanta, ya con cierta dificultad, como si el hecho de saberlo y hacerlo saber hubiese materializado el embarazo. Quiere salir de ahí con su traición y su pecado. Sentado en el suelo, Víctor la retiene con delicadeza, la mano rodeando su muñeca. Siente un atisbo de esperanza en que la perdonen, la cuiden, le digan que todo está bien.

—Qué decepción, compañera —formula nítidamente otra mujer, a pocos metros. El silencio de todos la avala, y Mara se va, un poco más hundida, sorprendida de que siempre se pueda ahondar aún más en esa desolación. Un nuevo murmullo sigue a su marcha, no hay palabras de amor, respeto ahí. Un escalofrío le aleja de la culpa y le interpela por su responsabilidad en la anemia emocional de ese hogar que no será. Se despidе de ese crepitar de revolución consternada, sin herramientas para confrontar lo inesperado. Ya no pertenece ahí.

Mientras mete unas pocas cosas en la mochila, Víctor aparece.

—Sabes lo que nos preguntamos todos, sería injusto que pagaras tú sola. ¿A quién proteges?

Ella se acerca a él, lo abraza y Víctor corresponde, Mara no puede irse de allí sin un abrazo, clausurar esa apuesta sin un broche de compañerismo y calor.

—Cada cual que actúe según su conciencia —sentencia ella.

—No es justo —objeta él—. Si te vas se desbarata todo. Habíamos encontrado la forma de estar en el mundo, de navegar la incertidumbre, si te vas se agrieta el barco, entra ya el agua.

—Es bonito cómo lo dices, pero es terrible. Si esto se hunde no será por mi partida, será por la arrogancia de todos. Supongo que esa arrogancia, ese pensar que nosotros sabíamos lo que había que hacer, que lo llevaríamos más lejos que nadie y construiríamos un futuro para todos los vivos, fue una arrogancia necesaria, hizo que la gente latiera al ritmo de nuestras proclamas. Pero la coherencia es una bandera muy pesada de llevar.

Sergio y el fracaso

Lo piensa cada mañana, camino al huerto del pueblo: a veces para alcanzar el sosiego hay que envejecer y pasar una guerra. Nunca se pensó en el frente de batalla con sus juegos de palabras y su poca emoción por las refriegas, pero no encontró su sitio hasta que todo su colapso interno se desbordó por las calles, en las miradas de la gente, en los choques que acababan con ruido y fuego. No encontró refugio hasta que finalmente estalló la tormenta.

70

—¿Cómo vas, Sergio? —le saluda una de las chicas del pueblo, cuando llega.

—Aquí, manteniendo la piel joven por congelamiento —bromea él, poco inspirado.

El sol aún se está despegando del horizonte, desparrama una luz nuevita y joven por los campos, les besa la escarcha. A lo lejos se divisa la ciudad con sus torres, inocente, como si nada hubiera pasado. La observa un rato, ritual matutino, con cariño pero sin nostalgia.

La chica le mira observar la ciudad, y tímida, le pregunta:

—Tú que la conociste antes, ¿es verdad que tenía una nube gris todo el tiempo alrededor?

—Y una guardia real de dragones y helicópteros custodiándola —se ríe Sergio.

—¡Siempre estás igual! —protesta ella antes de preguntarle lo que realmente le interesa—. Y Diego, ¿durmiendo aún?

—Ahí sigue, él tiene sus propios ritmos.

La muchacha se queda unos segundos pensando qué tipo de indirectas pueden subyacer a esa última frase, sí es que algo subyace, si es que no se está inventado ella significados en cosas que no lo tienen, como cualquier idiota enamorada.

—Claro —dice antes de dejar torpemente una azada entre el resto de los bártulos. Sonríe a Sergio y emprende la marcha—. No hay mucho que hacer aquí, voy a ver si estudio un poco.

Se queda solo en el huerto, confirma que no hay nadie cerca y se sienta sobre unas cajas para volcar toda su atención de nuevo al paisaje. Abajo, la carretera vacía, el polígono industrial ocupado con sus plazas bosque y sus pintadas de colores que conoce de sobra, no le hace falta leerlas: «Tras el capitalismo, la vida; tras el capitalismo, la risa».

Un tren recorre tranquilo la vía, custodiado por una bandada de pájaros. Sergio está en paz, no hay urgencia, todo a su alrededor es básico pero suficiente. Ya no hay que demostrarle nada a nadie: transita la vida haciendo pie, sin necesidad de focos. Lo que es, alcanza. Se ha convertido en un ritual, en un mandato, celebrar lo conquistado como algo precioso. Tras décadas de respirar amargo por lo que no podía lograr. Hace años que no se habla de fracaso, ese fantasma tirano contra el que también tuvieron el aplomo de batallar.

Sergio emprende el camino a casa; al llegar se encuentra a Diego como el más claro ejemplar de esa nueva generación: un joven sabio modestamente alegre mientras tuesta un poco de pan y prepara café. Tranquilo, emancipado de la urgencia, le sonrío.

—¿Quieres?

—Ya he desayunado, gracias.

—¿Hoy tienes taller?

—Sí, se han apuntado unos cuantos, de 10 a 70 años —y calla porque no quiere ser cursi pero le gustaría añadir, «no sé qué voy a hacer con todo este entusiasmo».

Mara y Marina

*Hacía falta una canción
para empujar la revolución
hay momentos en los que no hay otra opción
que tomar las calles con el corazón*

*no hay otra opción, no hay otra opción
abrid paso a la revolución
la historia tiembla en un callejón
no hay marcha atrás, hay que pasar a la acción*

En el salón de su casa, la voz de Mara suena casi como cuando tenía nueve años. Está de espaldas, mira por la ventana, ni se ha inmutado cuando la madre ha abierto la puerta. Marina se ha quedado quieta en el umbral, escuchándola, conteniendo las ganas de llorar un llanto intranquilo por todo. Cada vez se canta menos la canción, nadie sabe ya muy bien a dónde se dirige la historia. Le pusieron mucha fe al entusiasmo, pero como diría su madre, no se viaja muy lejos con solo entusiasmo como combustible. Quemado el entusiasmo, el motor se llena de humo. Quizás le creyeron demasiado a la Historia y su pretendida vocación de avance, no quisieron ver que la Historia tenía un cierto gusto por adentrarse una y otra vez en callejones oscuros.

Al acabar la canción, Mara se gira hacia la puerta, hay algo en ella que nunca había visto antes. Aún no sabe decir qué es.

—Hola, mamá.

—Me ha emocionado escucharla, hacía años.

—Es una mierda de canción, un movimiento con semejante himno estaba condenado al fracaso.

Se ríen.

—Era una canción escrita por una niña de nueve años.

—Ya sabes que me ayudó la abuela.

—Claro, eso es obvio, pero mira, cuando nadie sabía a dónde tirar, una niña y su abuela pusieron palabras a lo que tanta gente sentía, le dieron un cauce.

—Lo echas mucho de menos, ¿verdad?

—Un montón, demasiado. A mí siempre me gustaron los principios, luego todo se complica.

Se quedan de nuevo en silencio, ponderando todo lo que se agita y fermenta bajo el verbo complicarse. Una sospecha sin fundamento puja por abrirse espacio en la mente de Marina. Ve en una esquina la mochila de Mara y deduce que tenga lo que tenga que contarle, estarán mejor sentadas.

—Voy a hacerme un té, ¿quieres uno?

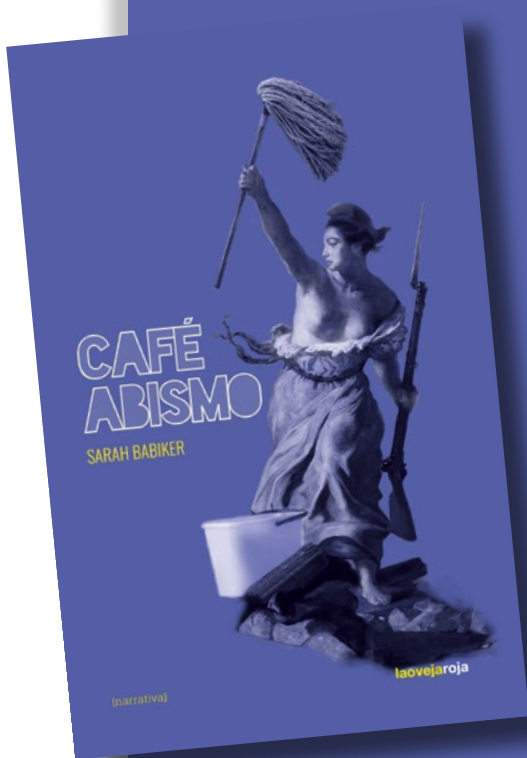
Mara asiente, ha visto a su madre mirar la mochila, quizás esté preparando ya las palabras, se acomoda en el sofá, sube las piernas, se busca una manta. Mientras, Marina entra en la cocina, pone la tetera y espera quieta a que el agua hierva. Lo que imagina no tiene sentido y sin embargo, cuando vuelve al salón su hija le da la razón.

—Parece que vas a ser abuela.

En la mirada de Mara, una maraña de complicaciones. Desobediente, sin embargo, Marina siente agitarse dentro de ella el entusiasmo por lo que empieza. Erróneo, casi inconcebible, pocos embarazos se ven desde hace una década. Hay quienes como ella extrañan a los niños, miran sus fotos como si fueran una especie extinta, aunque hayan asumido con militancia y coherencia que había que ponerle freno al crecimiento exponencial de vida, que tocaba someterse a los límites del planeta.

Marina respira hondo y se muerde el labio, intenta formular una pregunta sin lograrlo, a la que Mara intenta dar respuesta sin conseguirlo. Las dos acaban sentadas al lado en el sofá, Marina busca la mano de esa mujer joven que es su hija, la aprieta fuerte, como cuando por la noche, hace muchos años, se acostaba al lado de Diego que la reclamaba a su lado, privilegio de hijo pequeño, pero extendía el brazo por encima del cachorro para darle la mano a Mara, transmitirle, palma

a palma, que estaba con ella. Que estaban unidas por una corriente de calor que circulaba a través de sus extremidades conectadas. Ahora se quedan las dos en silencio. Enfrente, en el mueble, las fotos familiares. Respiran presente bajo la atenta mirada de quienes ya no están, de quienes ellas mismas fueron, rostros retenidos en rituales del pasado. Y aunque no lo saben, porque no se lo confiesan entre ellas, ambas se sorprenden buscando en el mueble un hueco para la foto que podría ser.



Café abismo

de Sarah Babiker Moreno

lanzamiento: 23/09/2024

PVP: 19 €

ISBN: 978-84-16227-76-1

376 pgs.

formato 13,5 x 21,5 con solapas, b/n

más información:

<http://laovejaroja.es/cafeabismo.htm>

Café Abismo es un negocio fracasado, un local suplantado por una casa de apuestas en cualquiera de vuestros barrios. Es también un espacio colectivizado, un montón de cenizas sobre un impulso revolucionario, la historia de la familia Salvatierra. Abuela, madre y nieta, María, Marina y Mara, son solo una parte de algo mucho más amplio que las desborda. Sus voces se entremezclan con las de las personas a las que quieren, las que se encuentran por el camino, las que les gritan y les desafían, las que les piden una respuesta. Voces de un relato que viaja por tres épocas, cercanas entre ellas y a la vez muy distintas. El año 2000 y su sed de futuro; un 2020 incierto; un 2040 desde el que mirar al pasado para parir devenires nuevos.

Café Abismo es una novela por la que camina gente común, haciéndolo como mejor puede cuando ha perdido los mapas. Son páginas donde currantas exhaustas se sueltan la melena, niñas pequeñas plantean las preguntas necesarias, abuelas pacíficas se descubren la rabia. Cuatro décadas para que las adolescentes ensayen revoluciones que nadie les enseñó, con finales abiertos para hombres que pensaban saber hacia dónde iban. Palabras para la emoción y la pausa, un ejercicio de fascinación por el compañerismo y la honestidad que late en las pequeñas gestas.

«—Lo importante —se sorprende Sergio enunciando en voz alta la continuación de lo que parecía destinado a no ser más que un monólogo interior—, no es lo que pueden sacar de nosotros, si tenemos algo que ellos quieren. Lo que les jode es que hayamos florecido por fuera de sus cercos, que hayamos podido construir felicidades fuera de sus propuestas de éxito. Que existamos sin ellos, por encima de ellos. Lo que no soportan es que hayamos impugnado sus fundamentos, su callejón filosófico, el que nos hacía sentir siempre lúgubres e insuficientes. Descubrir que era todo una trampa, que no teníamos que demostrar nada a nadie. Que bastaba con ser. Que merecíamos ser. Que éramos y merecer era una trampa.»

